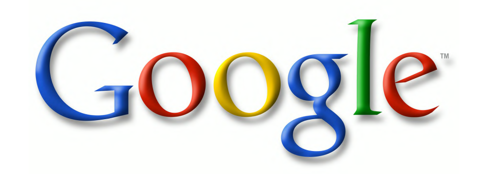



LA
LINTERNA
MÁGICA



LA

LINTERNA MÁGICA

SEGUNDA ÉPOCA.

TOMO XXII.

LA LINTERNA MÁGICA

COLECCIÓN DE NOVELAS

DE

COSTUMBRES MEXICANAS, ARTÍCULOS Y POESÍAS

DE

FACUNDO

(JOSÉ T. DE CUELLAR)

ilustrada con grabados y cromolitografías.

TOMO XXII.



SANTANDER.

IMPRENTA Y LITOGRAFÍA DE L. BLANCHARD.

1892

La Linterna Mágica

SEGUNDA ÉPOCA.



LIGEROS

SOBRE ASUNTOS

TRASCENDENTALES

POR

FACUNDO

SEGUNDA SERIE

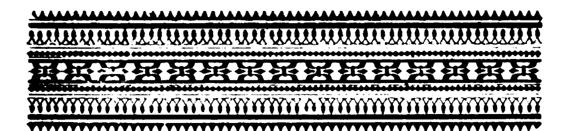


SANTANDER.

Imprenta y litografía de L. BLANCHARD.

1892.


LAS BOTELLAS



LAS BOTELLAS.

ALGO como un vientecillo frío que viene del rumbo de la moralidad, empieza á soplar amenazando á los borrachos. Algunos centenares de miles de botellas están temblando en estos momentos, esperando calarse cada una su respectivo gorro de á veinte centavos; de manera que cada cien mil botellas van á producir á la recaudación del timbre la suma no despreciable de veinte mil pesos. Y aunque los diez millones de bebedores que pueblan la República permanecen impasibles,

supuesto que han de seguir bebiendo desde agua gorda hasta cognac de cinco ceros, los vendedores de botellas andan mal trechos y cariacontecidos, sumando el inmenso número de timbres de que tienen obligación de proveerse en el perentorio término de quince días.

Asústanles por la primera vez esas triples hileras de cuellos de vidrio que veían hace pocos días con tanta complacencia; y no pueden ya mirar serenos sus numerosos ejércitos de tapones esmaltados, porque cada uno de ellos, como si hubiera sido pasado por cajas y sentado plaza, demanda imperiosamente un día de haber, ó lo que es lo mismo, veinte centavos por cabeza. ¿Quién lo había de preveer? Esos inofensivos artefactos de vidrio, que la vinicultura y la química se han encargado de llenar de brebajes en honra é incremento de la toxicología moderna, se convierten nada menos que en acreedores del propio dueño, blandiendo cada botella su vale de veinte centavos pagadero en quince días.

Por supuesto que mientras esas baterías venenosas servían solo para liquidarles la cuenta, y la vida, á la hepatitis, la cirrosis y el «delirium tremens,» eran para los vinateros una bendición de Dios, porque permitía el lujo, el confort y la prospéridad de las cantinas, y no ponían de mal humor más que á los borrachos insolventes.

Pero por obra y gracia del ministro de Hacienda les toca á las botellas su turno; son ellas las que van á jugarle un vinatero ó «un gregorito» como se ha dicho después, á los vinateros mismos. Ellas con el cuello erguido, como lo han llevado siempre, amparadas por la ley justiciera y moral, esperan formaditas en sus escaparates adornar su casquillo esmaltado con una graciosa cinta de papel de á veinte centavos. Están ellas que se regodean de gusto, como las pollas que esperan una pluma de á diez pesos para la Semana Santa. Cansadas las pobres botellas de que se abuse de su índole pasiva y condescendiente, de que se les forme en terrible fila de batalla como las

figurantes de la profusión, del «surtido», del lujo y de la riqueza; de que se las encarame en pirámides como las de los egipcios, ó se las recueste entre avellanas tras de las vidrieras, ó se les destape sin compasión para ir á figurar después entre las cosas inútiles; llegaron por fin al gran día de la venganza para levantar un coro unánime en el que millones de voces repiten esta letra que aterroriza á los vinateros: «ó me timbras ó me vacías.»

Ya era tiempo de que la moral tomara cartas en el asunto, para bien del erario y mengua del alcoholismo. Aquél necesita recursos y éste necesita coacción y trabas y dificultades, para llegar á hacer, si no difícil, al menos costoso el emborracharse.

Por supuesto, que además de los vinateros hay muchos, partidarios de la libertad en las botellas, que ponen el grito en el cielo; abundan personas que deseen que el Estado pueda vivir sin rentas, y la sociedad sin deberes, y que creen el derecho de emborracharse inherente á la condición del ciu-

dadano libre, y que toda contribución es atentatoria contra la libertad individual. Esas personas objetan que los vinateros no pueden timbrar de golpe todas sus mercancías, que la contribución es inusitada, injusta é imposible; y circulan en forma de amenaza los rumores de clausura de cantinas, de supresión de botellas, de huelga de copas, de sobriedad forzada, de moralidad mandada fabricar de orden suprema, y de otra porción de calamidades de que el vicio de la embriaguez está amenazado. El pobre vicio derrama hoy las mismas lágrimas que derramaban *esas señoras* cuando las reglamentaron.

Se hizo la nuestra, exclaman las botellas, ya no podrán sacarnos á luz sin la intervención del timbre; y si el contenido de una de nosotras basta con frecuencia para obligar al ayuntamiento á pagar seis raciones por espacio de un año en la cárcel de Belém, y la asistencia por dos meses á dos heridos en el hospital de San Pablo, y el sueldo de gendarmes, practicantes y médicos, es justo

que con anticipación nos pongamos el gorro de veinte centavos, por cuenta de esos gastos, que lo que tenemos de venenosas y funestas obliga á hacer á la ciudad.

Véase, pues, cuán distinta es la lógica de las botellas tapadas, de la de las botellas que se destapan.

Yo, por mi parte, que no soy ni vinatero ni bebedor, aplaudo la medida con todo el fervor de mi ódio á la embriaguez, y me huelgo de contemplar en forma de ley lo que no ha mucho me dió materia para uno de mis artículos ligeros sobre asuntos trascendentales, sólo que yo iba un poco mas lejos que el ministro de Hacienda; yo les había aplicado á las susodichas botellas cincuenta centavos en lugar de veinte; pero bueno es empezar por algo para hacer boca, ya que de bocas se trata.

Sucédele á los gobiernos en la imprescindible necesidad de los impuestos, tropezar á cada paso con la resistencia constitucional de los causantes; y por más que en teoría convengan en que no haya sociedad ni go-

bierno posibles, fuera del convenio tácito de deberes y derechos recíprocos, no hay causante que pague de buen grado su contingente; y si en manos suyas estuviera la administración pública, suprimirían al gobierno. Todos los que venden algo empiezan por ver á la oficina de contribuciones de mal ojo; á considerar al gobierno como padrasto, y á creerse, como los judíos respecto á los cristianos, en el deber de defraudar al fisco, al marchante y á todo el que no venda. Al paso que el comercio es la vida de las naciones, los mercaderes son los enemigos de los gobiernos.

De manera que la nueva ley para timbrar las botellas viene á chocar contra la resistencia habitual del contribuyente, contra la baratura de los licores embriagantes, contra el generalizado vicio de la embriaguez y contra el espíritu de esas gentes que desean vivir en un país de bendición que les permita enriquecerse sin el menor sacrificio respecto al bien de la comunidad.

Cierto es que puede haber muchos comer-

ciantes que estén en un verdadero conflicto por la imposibilidad de gastar cinco mil pesos de timbres para adornar de una manera provechosa su ejército de botellas; pero el ministro de Hacienda no es un ogro, y ya encontrará medio para reducir esos inconvenientes «insuperables» al procedimiento expeditivo de una manifestación escrita de mercancías timbrables existentes y ventas diarias; entre cuyos dos términos caben los abonos, los plazos, las concesiones, y sobre todo, la equidad; pero ninguno de estos inconvenientes le quitarán á la ley consabida sus dos calidades esenciales, de moralidad y de oportunidad.

Previo un anticipo más ó menos posible por parte del comercio, y facil de reglamentarse equitativamente en obsequio del timbre y del causante, el gravamen resultará sólo en contra de los viciosos, ó de los que tienen la mala costumbre de consumir bebidas embriagantes; y puesto que en México, como en muchas otras partes, hemos llegado desgraciadamente á la edad de la

copa, justo es enaltecerla, encareciéndola como cosa apreciada y tenida tan en alta estima por la sociedad moderna.

Los vinateros tendrán buen cuidado de ponerla á quince centavos; y los bebedores, que son generalmente hombres garbosos y desprendidos, y que entre las galanterías más en boga y los obsequios del mas exquisito refinamiento, cuentan, el de pagarle á usted las copas, y el de obligarle á tomarlas, van á encontrar muy de su gusto hacer obsequios de á quince centavos; pues mengua fuera de bebedores garbosos y de abonados á cantinas, hacer ascos á los tres centavos de aumento y perder por tan insignificante gravamen la inveterada galantería y la afición al trago.

Quiere decir que esos miles de pesos que entran todos los días al cajón de los mostradores, en holocausto al mofletudo Baco, el ministro de Hacienda hace muy bien en apartar un tanto en desagravio de la moralidad y en provecho de las rentas nacionales.



EL VIERNES DE DOLORES.



EL VIERNES DE DOLORES.

La religión ha consagrado un día para la conmemoración del dolor de la Virgen María al pié de la cruz en que espiraba el Redentor del mundo; ha señalado como punto de meditación aquel trance terrible, aquella escena desgarradora, en que el mas grande de los dolores iba á ser objeto de culto para la cristiandad enternecida. Pero la cristiandad se ha cuidado bien poco de la tradición y del espíritu de las ceremonias, y ha visto venir el día de tan triste aniversario, pensando en todo, menos en el dolor de la Virgen,

hasta llegar á convertir el viérnes de dolores en viérnes de placeres.

Á medida que el mundo avanza, la humanidad marca más y más su tendencia al placer, y parece ya convencida de que no ha nacido para otra cosa. En los avances del progreso no se han desarrollado en la misma proporción las costumbres austeras y los placeres; y esta tendencia á divertirse es tan poderosa, que sacrifica desde las tradiciones mas respetables hasta la simple lógica de los aniversarios.

Parecía natural que al civilizarse las sociedades, tomaran el debido incremento y perfección, así las costumbres que reconocen una tradición doliente y fúnebre, como las que tienen un origen de festejo y alegría. Era natural esperar que el ineludible dolor por los muertos, de que nadie está exento, formara, como movidos por el mismo resorte, grupos y grupos de dolientes, preocupados con la memoria de sus muertos y que en día señalado fuesen consecuentes consigo mismos, con los finados y con el

sentido común. Era natural esperar que los fieles católicos en su habitual intransigencia con los demás cultos, lo fueran con el carácter y espíritu genuíno de los aniversarios; era natural, era lógico y ageno de toda falsa interpretación, encontrar hoy á la cristiandad, en una conmemoración repetida hace diez y nueve siglos, entregada á la contemplación de un asunto tan serio, tan triste, tan conmovedor y tan luctuoso, ocupada por lo tanto en prácticas y ceremonias, ya no sólo perfeccionadas y engrandecidas en virtud de la civilización creciente de las sociedades, sinó en analogía siquiera con el carácter del acontecimiento que se recuerda.

Pero ni los muertos, ni los dolores de la Virgen, ni los dogmas mas sagrados, ni las tradiciones mas veneradas bastarán nunca á destruír el predominio que entre la gente tiene el deseo de gozar y de divertirse.

Si los ecos de Carmen y la Mascota han llegado ya, por lo repetidos, á los habitantes de alguno de los planetas de nuestro sistema, se han de ver en apuros para saber

cuándo lloramos y cuándo nos reímos en la tierra.

—Compañero dirá algún habitante de Marte: están tocando en la tierra la Mascota. ¿Por qué será?

—Ha de ser el circo.

—Otra vez la Mascota, compañero.

—Ha de ser el aniversario de alguna matanza.

—Otra vez.

—Han de estar llorando por los muertos.

—Otra vez y mas recio.

—No tenga usted cuidado, compañero; se han de estar acordando del terrible dolor de la Virgen al pié de la Cruz.—Hoy es para ellos Viernes de Dolores.

—Es posible!

—Sí, compañero, vamos al observatorio.

Y colocándose en los sillones de un telescopio perfeccionado de que no tendremos idea en algunos siglos sobre la tierra....

—Vea usted compañero aquella mancha verde, en el viejo continente.

—Quiere decir en América.

—Sí, en lo que ellos llaman «nuevo».

—Ya veo.

—Eso es México.

—Verde oscuro?

—Sí, negruzco. Bueno. No pierda usted el punto y démosle al instrumento algunos grados más.

—Ah! sí los volcanes!

—Y los lagos.

—Junto á los lagos.

—Bueno, vea usted la ciudad; pero tápese usted las narices.

Los dos habitantes de Marte sacan su pañuelo para ver á México.

—Ya estamos?

—Ya.

—Busque usted un cuadrilátero verde. Es la Alameda.

—Ya, con árboles secos, y mucho polvo.

—Esa es. Vea usted el centro.

—Una fuente medio cincundada por un toldo. Ese toldo no está completo.

—Es cierto, por unos pedazos tiene lien-

zo, y por otros tiene sólo los cordeles, no está acabado.

—Lo dejó así Barreiro, apropósito, para que pudiésemos ver el paseo de las flores los habitantes de Marte.

—¡Cómo el paseo de las flores! ¿pues no decía usted que son los dolores de la Virgen?

—Es lo mismo, hombre, flores y dolores, son una misma cosa allá abajo.

—Bueno. Sí, efectivamente hay muchas flores de venta.

—Y otras alquiladas en el jardín. Allí alquilan macetas para todo.

—Este Barreiro!...

—Y dan vueltas y vueltas. ¿Sabe usted compañero que son originales aquellos bárbaros en la manera de vestirse? Allí va una mujer, lleva falda de raso amarillo, la cara pintada de blanco, el pelo casi le tapa los ojos y lleva metidos los piés en unos zapatos de raso encarnado bordados de oro y con un apéndice por tacón que la obliga á andar de puntillas. Esa no es azteca.

—No; ha de ser española, de nueva importación: hay muchas de esas. Pero no todas son lo mismo.

—Ya lo veo: las otras parecen parisienses. ¿Qué tocan ahora?



—Carmen.

—Y quién es Carmen?

—Una española que mató á un torero é inmortalizó su nombre.

—Y qué significan esos pedazos de trapo pendientes de estacas?

—Adornos de Barreiro.

—¡Cómo de Barreiro!

—Sí, municipales.

Pero esas gentes que dan tantas vueltas ¿qué buscan? ¿las flores ó los dolores de la Virgen?

—Ni uno ni otro. Esos que dan vueltas no compran flores. Van allí para verse los unos á los otros. Los jóvenes van en general para ver lo que se pesca.

—Son pescadores.

—Sí, pero no de camarón ni de bacalao.

—Ah, ya comprendo. Oiga usted, ya tocan otra cosa. ¿Qué es eso?

—La Traviata.

—Quién es ésa?

—Una meretriz francesa que murió tísica, y de cuya historia hicieron Dumas y Verdi las delicias de la posteridad.

—Y se la tocan á la Virgen?

—No, hombre, no sea usted bárbaro. No se trata de la Virgen?

—No obstante, usted me ha dicho, que los dolores de la Virgen son el asunto de esa fiesta.

—Bueno, pero las clases se han civilizado, y ahora se ríen de lo que antes las hacía llorar.

—Cuánta música! hay tres bandas militares. Porqué son militares los músicos de la fiesta?

—Es una galantería de la Plaza á las muchachas bonitas.

—Quién es la Plaza?

—Una entidad moral militar.

—Que no tiene nada que ver con la Virgen?

—No, nada.

—Esa otra banda toca ahora una pieza muy alegre.

—Es danza habanera.

—Van á bailar?

—No; de día no bailan.

—Solo de noche?

—Naturalmente.

—Y qué es danza habanera?

—Es el baile obsceno de los esclavos en Cuba.

—Y lo bailan esas señoritas?

—Sí, todas las niñas.

—Ah! sí; las de zapatos colorados.

—No; todas sin distinción.

—Entonces no es obscena la danza.

—La danza no pierde su carácter; la intención es la que se acanalla más ó menos según los actores.

—Y se baila en viernes de Dolores?

—Otra vez con los dolores! Las que nacen en ese día se llaman Lolas, y por lo general son muy alegres y muy bailadoras.

—Qué rarezas tienen en la tierra!

—Y que no ha visto usted nada.

—Con que el municipio y la autoridad cooperan á profanar la memoria de los dolores de la Virgen?

—Vuelta con la Virgen! Ya he dicho á usted que no se trata de eso. Es un pretesto para que la gente se divierta, y como la corporación municipal ama tanto al vecindario, no lo dejó ir á la Viga, porque allí está

un poquito sucio, y le llamó la atención por este otro lado, de acuerdo con Barreiro, que es el que hace allí los jardines, no en el aire, sinó en tierra agena siempre que se ofrece.

—Y esto que estamos viendo ¿es la fiesta como se celebra en su origen ó es una degeneración?

—Eso. Hace un siglo, por ejemplo esta era una solemnidad puramente religiosa. Casi no había familia en México que no pusiera en su casa «altar de dolores», el cual consistía en poner una imágen de la Virgen de los Dolores sobre unas gradas, y á sus piés no solo muchas flores, sinó trastos y objetos de barro, cuya superficie cubierta con semillas germinadas, verdegueaba, simbolizando la entrada de la primavera, la época de la siembra cuya suerte se encomendaba á la Virgen. En una especie de oración agrícola un simbolismo en que había mucho de patriarcal y de sencillo, por que la ofrenda era humilde ingénua y significativa; había necesidad de cultivar con veinte ó más días de anticipación aque-

llos sembrados en pequeño que iban á constituír un adorno agreste y de muy distinto género y acaso más grato á Dios que los blandones de oro.

Ahora bien, como casi todas las familias mexicanas necesitaban proveerse de flores en la mañana del viernes la demanda era superior al producto y cada madre de familia, persuadida tierna y profundamente de su deber religioso de poner cuantas flores pudiera á los pies de la Vírgen dolorosa en el día en que la cristiandad recordaba las mortales angustias de la madre de Dios; la madre de familia repito, llena el alma con aquel recuerdo con que edificaba y enternecía á sus hijos, al rayar el alba en desabillé de mañana, sin lazos ni cintas, sino cubierta con un tápalo negro, se apresuraba á esperar á la orilla del canal á las indias introductoras de flores. Así podía comprar muchas flores á poco precio, y apenas hacía su provisión, regresaba al hogar doméstico, en donde toda la familia estaba ocupada en poner el altar.

—De manera, repuso el otro habitante

de Marte, que hace un siglo esa sociedad era todavía religiosa.

—Sí, conservaba costumbres mas puras, y los jóvenes y los viejos, y los niños y las mamás, eran en ese día exclusivamente sacristanes en honor de la Virgen.

—Cómo degeneró esa costumbre?

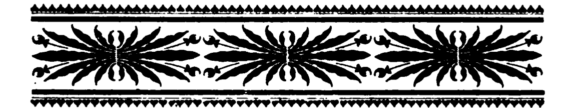
—Es muy sencillo. Algunas mamás empezaron á llevar á sus hijas; lo cual sabido por los novios de éstas, llevó á la orilla del canal á los primeros concurrentes que no iban á comprar flores; á los novios siguieron los que no tenían sino querían novia, y á estos últimos siguieron los que no querían novias ni flores, sinó echar flores á las novias. El amor sustituía á la devoción, las muchachas se componían, las mamás tenían necesidad de peinarse y los pollos se enseñorearon del paseo de las flores. Algún coronel de cuerpo, místico profano, tuvo en mal hora la inspiración de mandar la música, y aquella silenciosa, elocuente y piadosa colecta de flores, ha venido á parar en lo que está usted viendo.

—¡Oh témpora, oh mores!
Exclamó en un aparte,
Muy tieso y muy sereno,
(Que era poeta y bueno)
Aquel sugeto del planeta Marte.
Comprendo por qué arte
Han llegado á adunar allá en la tierra
Cármen, y la Traviata, y la Mascota
Y Barreiro, y las niñas y las flores
A la solemnidad santa y devota
De la Madre inmortal de los Dolores.

Los dos habitantes de Marte se fueron á acostar, porque con el aspaviento del poeta se les descompuso el telescopio.




BACO,
MERCURIO
Y
LA LEY DEL TIMBRE.



BACO, MERCURIO Y LA LEY DEL TIMBRE.

ESTABA no hace muchos días el mofletudo Baco sentado en su consabido tonel, con la barriga aaire y los pámpanos en la frente; trasudanldo como de costumbre y con la nariz mas violácea que de ordinario. Hubiérase dicho, á juzgar por el talante, inusitadamente mustio, del dios de las viñas que algún asunto serio le preocupaba; había despertado ese día cariacontecido, y las hojillas de su corona silvestre, enjugándose como las hierbas cocidas, caían sobre su frente sonrosada con esa poca gracia con que muchas de

nuestras pollas dejan caer su «burrito» sobre las cejas. Tenía el tirso en la mano izquierda, dejándole caer de manera que la piña con que remata este atributo tocaba al suelo.

Al verlo su mujer en tal talante, hubo de acercársele, lo mismo que se acercan aquí en la Tierra todas las mujeres á sus maridos cuando los ven cabizbajos ó cuando les van á pedir un aderezo.

Baco no se dió por entendido de la proximidad de Ariadna, hasta que ésta, con la familiaridad propia de los casados viejos, le puso la palma de la mano sobre la tetilla izquierda.

Todos los músculos de Baco se extremecieron como los de la rana de Volta.

—¡Ah, eres tú! exclamó el dios con voz de falsete.

—¿Por quién me tomabas, Bronio mío?

Ariadna le llamaba á su marido «Bronio» ó «Liber». Este modismo olímpico equivale en la Tierra á los nombres de cariño, Nito ó Nacho ó Chucho. Allá «Bronio» quiere decir ruído y «Liber» insubordinación.

—Por quién te había de tomar, por Mercurio, dijo Baco suspirando.

—¿Qué te ha hecho ese pícaro?

—¿No le has visto en estos días á mi lado horas enteras?

—Sí; y ya me temía que estuviera haciendo una de las suyas.

—Pues ni más ni menos. Se trata de un negocio feo, escandaloso, atentatorio.

—Con motivo de qué?

—De la ley del timbre.

Cualquiera otra mujer que no hubiese sido Ariadna habría exclamado: ¡Ave María Purísima! porque con la palabra «timbre» estaba dicho todo. La ley es familiar á los dioses.

—Pues de qué se trata?

—Vas á ver, dijo Baco haciendo un movimento con la barriga que proporcionó seis piés cúbicos de aire á sus pulmones.

—¿Conoces México?

—Cómo no. Si mi hilo, el hilo que le sirvió á Teseo para salir del laberinto de Creta....

Baco movió una ceja al oír el nombre de Teseo, amante de su mujer. Los dioses en su calidad de maridos ya no mueven más que una ceja en señal de desaprobación.

—Y bien ¿decías? insistió Baco.

—Que sí conozco á México, porque mi hilo es el único que les sirve á los habitantes de la capital para salir de un laberinto en que cada calle tiene un nombre distinto. Si no fuera por este hilo, los pobres regidores se verían en la necesidad de reformar la nomenclatura de las calles. Sí, mi Bronio, conozco á México.

—Y sabes por supuesto á lo que allí llaman Semana Santa.

—Semana Santa.... repitió Ariadna recapacitando, ó lo que es lo mismo, Semana Mayor.

—Eso.

—Ah, sí, ya me acuerdo. Esculapio me dijo que es la semana en que hay más indigestiones, gastroenteritis y desarreglos intestinales.

—Esa. Figúrate que en esa semana de

abstinencia, de penitencia y recogimiento me pongo las botas.

—No entiendo.

—Así dicen en la tierra cuando se gana, cuando se roba, ó cuando se hace un buen negocio.

—Bueno, dijo Ariadna, muy disculpable por otra parte de no saber lo que eran botas, ni lo que es ponérselas.

—En esa semana, continuó Baco, todo el mundo bebe y anda suelto.

— No dices que es semana de abstinencia y recogimiento?

—No te olvides que se trate de la Tierra, y sobre todo de México; debes tener en cuenta el adelanto de los pueblos, la civilización y el progreso. De otrà manera no podrás entenderme: cuando yo diga abstinencia tratándose de allá, entiéndase embriaguez, y cuando diga recogimiento, entiéndase jarana, bulla, desórden etc. Ahora bien, tú sabes que México es mi país favorito, y merece toda mi predilección por sus costumbres muelles, por su informalidad, y,

sobre todo, por el amor al trago. Yo no pude menos de enviarles á una parienta mía á descubrir el pulque; bebida que como sabrás engendra á los valientes; desde entonces se destripan aquellas gentes por quítame allá esas pajas. Dime tú si amaré á los mexicanos! es gente alegre y de todo mi gusto ¡Oh México! Es la tierra de promisión para mis adeptos: figúrate que allí no se necesitan más que seis centavos para emborracharse con pulque, y diez ó veinte para procurarse una congestión cerebral con chinguirito.

La Semana Santa, que, como tú sabes, es fecunda en indigestiones, lo es también en excesos alcohólicos y otros; y como debes figurarte, tal estadística me encanta; pero no sé de dónde ha salido un tal Peña, que por lo visto no tiene nada que ver con el Olimpo, pues ha dado en la flor de ponerle timbre á todo, hasta á las botellas.

¡Pásmate, Ariadna mía! ¡timbrar las botellas en el país clásico de la embriaguez! ¡ponerle cortapisas á esa noble pasión del

vino cuando ya estaba yo logrando madurar algunas docenas de jóvenes decentes, que tambalean de lo lindo por esas calles de Plateros, agraciados ya con la vaguedad de la mirada, con la lividez alcohólica y algunos, como un güerito muy simpático y muy querido mío, con los síntomas precursores del «delirium tremens.» Pues bien, todo este cuadro risueño, toda esta perspectiva edificante, ha recibido un golpe terrible con esa ley del señor Peña, quien, por lo visto, ha de ser un gentil mancebo que no bebe más que agua fresca.

—Pero bien visto, dijo Ariadna, que era muy perspicaz, esos borrachitos de que me hablas, lo seguirán siendo á pesar del timbre; ya sabes que un borracho cuando puede bebe, y cuando no puede bebe; y cuando no lo puede adquirir, lo pide, y cuando no, lo roba, pero bebe. No tengas pues cuidado, Bronio mío, que borrachitos no te han de faltar en toda tu vida.

—Pero no es eso lo peor, replicó Baco, sino que Mercurio ha ido á complicar las

cosas de manera que van á tomar un carácter grave.

—Pues qué ha hecho?

—Escandalízate, mujer, ¡cerrar las cantinas!!

—¡Es posible!

—Como lo oyes. Pero aquí viene Mercurio, míralo que aire de triunfo trae; ha dado en hacerse el majo, y echa bravatas como un andaluz; vaya si está inconocible!

Efectivamente, el dios Mercurio se acercó dando brinquitos y moviendo las alitas de lós piés como un chupamirto; traía el casco medio de lado, de manera que una de las alitas casi le tocaba el hombro, y venia jugando con el caduceo como cualquier chulo con la muleta.

—Cómo te va, gordo? ya se te pasó la murria? No te des á la pena, hombre; que no es propio de los dioses andarse con escrupulillos por cuestiones de pipiripao.

—Es que....

—No tengas cuidado, ya sabes que soy fuerte y que donde yo pinto no hay quien

borre; y no ha de ser el primer gobiernillo á quien yo me meta debajo del brazo, y no me vuelva á acordar de él en toda la cuaresma! Pues qué te parece que estoy allí para que se me jueguen las barbas? Salirme ahora á mí con estampillas! Como si no estuviéramos más que para darle gusto al gobierno. No, señor; el comercio sobre todo, el comercio manda, por el comercio vive el país, y al comercio deben rendirle homenaje el gobierno y la sociedad. Cuando el gobierno necesite dinero está bien, el cincuenta por ciento, y ya sabes que nosotros somos francos, aquí está la bolsa, ¡qué diablo! y cuando la sociedad quiera divertirse, ahí está el Casino, que vayan, que se diviertan de balde, eso es muy justo. Pero salirnos ahora con leyecitas, no señor, qué ley ni qué cuatro cuartos, aquí no hay más ley que nosotros, y á cerrar las puertas y que se muera de hambre todo bicho viviente.

—No, hombre, no tanto, exclamó Baco asustado.

—No tengas cuidado, chico; se cierran

las puertas pero se vende por la trastienda. De lo que se trata es de tomar una actitud importante, me comprendes? Figúrate á trescientas mil almas que á las doce del día no se han desayunado. Aquello va á estar espléndido; por supuesto la plebe se amotina, la guarnición se pone sobre las armas, hay algunos balazos y el gobierno canta la palinodia, se deroga la ley y á 'mamar' de nuevo. Este es el plan. Con que ya ves que no tienes por qué afligirte. Déjame preguntar por el teléfono lo que ha pasado.

Mucho tiempo estuvo Mercurio hablando por medio del instrumento maravilloso. Cuando Baco vió que se tardaba tanto, se bajó del tonel y fué dando traspiés hasta donde estaba Mercurio.

—Qué hay? preguntó, ya se desayunaron esos trescientos mil infelices?

—Déjame Baco que estoy para tirar el caduceo; no solo se ha desayunado todo el mundo, sino que están almorzando como si tal cosa. No; si con esta gente no se puede hacer nada. Figúrate que se com-

prometieron todos á matar de hambre al vecindario, y á aterrorizar al gobierno. Es cierto que han cerrado muchos, pero en nada se ha alterado el orden común. Todas las pollas tienen sus zapatos nuevos de Semana Santa, y sus sombreros y sus matracas. Todo el mundo ha encontrado donde emborracharse y ninguna falta han hecho las cantinas cerradas. Sucedió lo que yo me temía, han vendido por la trastienda. El gobierno se ha tenido fuerte, y en la prensa han salido derrotados todos los que increparon la ley. El ministro ha sido deferente y ha allanado todas las dificultades para que los comerciantes puedan proveerse de timbres pagando en abonos.

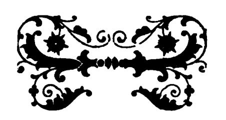
—En sustancia, exclamó Baco, poniéndose rubicundo de gusto, han hecho un «fiasco» redondo, amigo Mercurio.

—Qué quieres. Si los comerciantes se hubieran tenido tiesos... pero no, señor, nos traicionaron algunos y nos desbarataron el plan. Pero ya nos desquitaremos con el con-

trabando y con apretarles la naranja á los marchantes.

—Vamos á echar un trago, amigo Mercurio, porque bien necesitas refrescarte. En cuanto á mí, me reconcilia contigo saber que mis borrachitos de levita siguen tambaleándose por la calle de Plateros, como si tal ley del timbre y tal Mercurio existieran en el mundo.

—La Semana Santa, observó Ariadna, ha sido realmente de recogimiento, pero sólo para algunos vinateros recalcitrantes.




CORRILLO EN EL OLIMPO

CORRILLO EN EL OLIMPO.

Como todos los periódicos se han ocupado de la cuestión del timbre en estos últimos días, yo, aunque sin lira debajo el brazo y sin laurel en la frente, me dirigí al Olimpo, en donde aquellas gentes están siempre de buen humor y á fuer de dioses sintetizan las cosas de una manera muy propicia para mi objeto.

No habían dado aún las once, y ya los dioses las estaban haciendo: lo mismo que en México porque este Baco ha logrado entre copa y copa contaminar á los dioses con

muchas de las malas costumbres de la Tierra.

Como me lo figuraba, no se hablaba allí de otra cosa que de la ley del timbre y de las ruidosas manifestaciones que se preparan acá abajo al señor gobernador saliente.

Mercurio había llevado multitud de botellas sin timbre, que Baco destapaba con su habilidad de costumbre. La pobre de Ariadna, estaba ya muy tranquila al ver á su marido tan contento, y habían tomado parte en el corrillo aquel, para hacer las once, Birján y Vénus; porque allá como acá abajo, las once es la hora de las buenas amistades. Los dioses, lo mismo que nuestros léperos, nunca se ponen en contacto con usted sin ofrecerle una copa.

Vénus no podía contener la risa al ver á Mercurio, y dándole de codo á Ariadna le preguntaba.

—¿Quieres decirme qué le veo á Mercurio de extraño?

—¡Qué ha de ser! que se ha dejado las patillas á la andaluza.

—¡Acabaras! es cierto! con razón le notaba un airecillo de Cúchares, algo así como de majo.

—¡Qué! si se ha dado una agachupinada en estos días, que está inconocible, contestó Ariadna. Con decirte que pronuncia la C y la Z como un madrileño, cosa que no había hecho nunca. Si en sù mano estuviera ya hubiera cambiado su casco por un calañés. Míralo, no bebe ya más que Manzanilla, como los andaluces.

Efectivamente, la copa que bebía Mercurio era cilíndrica y honda; la misma que en Andalucía se llama «caña.»

—¿Y de qué proviene ese amaneramiento de Mercurio? preguntó Vénus contemplando la morvidez de su pierna izqüierda que tenía extendida.

—Se ha vuelto así en México.

Vénus se puso colorada al oír estas palabras y encogió la pierna.

—Ah! exclamó Ariadna riéndose, mira qué impresión te hace oír el nombre de ese país.

—Y con razón «mialma», contestó Vénus. Aquél es un país que adelanta visiblemente; pregúntale á Birján.

—Todos los países de la Tierra están adelantando mucho.

—Pero todo lo nuevo.... Ya sabes. Allí mi culto está tomando tales proporciones, que va llevando los mismos pasos que Roma. Mira, Baco y Birján te pueden dar mejores informes.

—Qué están hablando esas señoras? preguntó Baco, dejando percibir entre palabra y palabra el hipo que le era característico después de las once.

Ese hipo olímpico, corresponde exactamente al que se oye á esas horas en el cuadrilátero da Plateros, calle del Teatro Principal, Coliseo, Refugio y portal de Mercaderes.

—Preguntaba Vénus, dijo Ariadna, si es cierto que México está adelantado tanto como dicen.

—Vaya! exclamó Baco eruptando, México!.... México!.... Y el dios cerró los ojos

y sacudió las caderas en señal de júbilo y recogimiento.

—México! repitió Birján restregándose las manos. ¡Ah! ¿ya saben ustedes que se prepara una manifestación ruidosa?

—¿A quién hombre! preguntó Mercurio. ¿A los comerciantes?

—No, qué comerciantes; al señor gobernador.

—Pues qué ha hecho?

—Que sale, hombre, que sale.

—Muy bien hecho; ha sido un excelente gobernador, ha hecho muchos beneficios, repitió el dios con entusiasmo. Es muy justo que se le haga una fiesta.

—Por lo visto, observó Ariadna, no se había dado el caso desde los tiempos prehistóricos, de que en el Olimpo se pusiera tan en boga un país de la Tierra.

—Por lo menos en ciertos círculos del Olimpo.

—Eso! murmuró Baco, en nuestro círculo que se compone todo de gente del bronce.

—Yo no soy gente del bronce, replicó Vénus. Te olvidas que soy la diosa de la hermosura y del placer?

—Por lo mismo, chica, por lo mismo. Nosotros somos los dioses de la jarana y de la bulla, que nunca tomamos las cosas por lo serio.

—Exactamente, como los mexicanos! exclamó Birján haciendo sonar los dados que tenía en la mano.

—De manera, dijo Mercurio, que era el mas práctico de todos los dioses, que con razón somos todos nosotros tan parciales por México. Todos tenemos nuestras razones para amarlo.

—De mí ni se diga, exclamó Baco. Yo he dado mis razones: Júpiter hizo crecer allí el maguey, y con esto está dicho todo; mi culto era asegurado por toda la vida del planeta. Ya voy consiguiendo que en algunas poblaciones no se pueda hablar con nadie después de las once, merced al «tequila;» y Gayosso, aunque no me conoce ni de vista, me manda seguido muestras de

su agradecimiento por las defunciones que le proporciono. ¿Y tú, Mercurio, qué tienes que decir en abono de México?

—Hombre! lo único que puedo «dezirte» es que es un «paíz» de «bendizión!» Meto el contrabando por todas partes, defraudo los intereses del fisco á toda mi satisfacción, improviso fortunas, y cuando algún gobierno me viene con bravatas y con leyecitas como las del timbre, ¡cataplúm! le doy con la puerta en los hocicos.

Eso sí, cuando el pobre gobierno está apurado, le presto unos cuantos reales; pero por la buena y así como de compadres, me comprendes? con buena garantía y vaya usted con Dios. Ahora acabamos de tener nuestro disgustillo por eso de las estampillas; pero le hemos encontrado la contra, porque ya saben ustedes que soy hombre de recursos. En primer lugar hemos quitado todas las botellas de los escaparates, y no habiendo botellas no hay estampillas. ¿Me comprenden ustedes? Eso sí, las casas de comercio están un poco feas; los esca-

parates tienen cuando más tarros de cerveza vacíos, otros escaparates están llenos de cajas de cartón, de velas esteáricas y de otra porción de chácharas, agenas al comercio de caldos. En segundo lugar, tenemos un recurso magnífico.

—Qué recurso? preguntaron los demás dioses.

—Toma! las estampillas de quita y pon.

—Y cómo son ésas?

—Son las mismas que sirven para las ventas; pero como están pegadas con goma sobre lacre, sobre estaño, ó sobre hojadelata, el marchante las despega en su casa intactas y vuelven á servir. De manera que las tales estampillas van á ser el papel de los mites en el teatro, que para que parezcan muchos entran por una puerta y salen por la otra; pero son los mismos.

—Este Mercurio es terrible, exclamó Ariadna.

—Por algo he de ser no sólo dios del comercio, sinó del robo..... y de otros asuntillos de cierto género ¿no es verdad Vénus?

—¡Cállate, y no empieces con impertinencias! dijo Vénus haciendo un melindre.

—A ver acá otra caña de Manzanilla.

Baco le sirvió á Mercurio, quien apuró «la caña» sin pegarla á los labios, sino enviando el contenido por el aire y recibiéndolo en la boca, en forma de chorro. Después volteó «la caña» y quedó muy satisfecho de no haber desperdiciado una gota.

—¿No te digo que Mercurio está hecho un majo? le dijo Ariadna á Vénus.

—En tercer lugar, continuó Mercurio, han dado la ley sin nombrar siquiera unas ocho docenas de agentes supernumerarios del fisco, como se necesitarían para vigilar más de mil establecimientos de bebidas. De manera que mientras por unas partes estiran por otras aflojan, y el final del cuento será que no sirvan para nada las tales estampillas.

—Ahora, sí, parece que la cosa está seria, dijo Baco.

—¡Qué seria va á estar! deja que se les acabe el entusiasmo. Ya sabes que el entu-

siasmo dura poco como los fuegos artificiales.

—No tan poco, dijo Vénus. Yo no me puedo quejar del entusiasmo de los mexicanos. Son muy entusiastas, yo sé lo que les digo á ustedes, son muy entusiastas los mexicanos....

—Ya se vé que sí, repuso Birján. Que me lo digan á mí! Mi culto está asegurado por toda la vida, y eso que no tengo magueyes, como Baco; pero aquellos chicos son gastadores, lujosos, y tan afectos al naipe, que hasta las pollas y las madres de familia frecuentan los garitos. Yo estoy muy contento de esa adquisición de madres de familia, que he hecho en estos últimos años, porque como saben ustedes la madre es la que forma al hombre, la que lo educa, la que le inspira la moral. Pues bien, si la madre es «un apunte», la prole con seguridad me pertenece.

—Y á mí! dijo Baco. No hay naipe sin trago.

—Y á mí! gritó Vénus. Tengo una colec-

ción de barbilindos que no hay más que pedir; son todo mi querer: figúrenselo ustedes borrachitos, jugadorcitos y.... y amorositos. Se van por donde pueden, y los que se me escapan por un lado, caen por el otro en el matrimonio; ellos forman un gremio tan curioso, que Facundo ha escrito una novela titulada LOS MARIDITOS.

—En resumidas cuentas, dijo Baco, todos estamos contentos de México. Propongo un bríndis por su prosperidad.

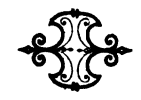
—¡Por que se acaben las estampillas! dijo Mercurio.

—¡Por la libertad del juego! gritó Birján.

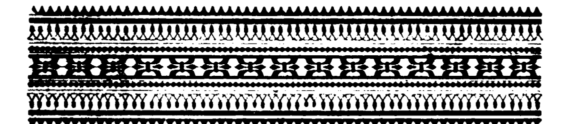
—¡Por esos niños y por esas señoras! dijo Vénus apurando su copa.

—¡Viva México!

—¡Viva!




LOS CUMPLIMIENTOS



LOS CUMPLIMIENTOS.

A muchas pobres palabras castellanas les sucede que, de puro traqueadas, suelen perder su verdadera significación, y después de servir muchos años literalmente empleadas, llegan á un período en que sirven para significar cosas diametralmente opuestas, hasta que sancionada la aplicación por el uso, la Academia de la lengua se ve precisada á consignar en el diccionario las nuevas acepciones.

«Cumplimiento» es literal y simplemente la acción de cumplir, sin que implique esta acción móviles ó intenciones mas ó menos sinceras. En la esfera social la palabra «cumplimiento» no puede referirse sino al de los deberes sociales, al de las consideraciones recíprocas y hasta á los sentimientos amistosos. De manera, que el cumplimiento no puede eludirse ni suprimirse, aún tratándose de las relaciones mas cordiales, mas familiares y mas íntimas.

Partiendo de este principio, una visita es siempre una visita de cumplimiento, porque el que la hace cumple con un deber de amistad, de cortesía, de sociedad, de gratitud ó de afecto.

Si el cumplimiento no hubiera pasado de los límites de su significación genuinos, el código de urbanidad estaría hoy en todo su apogeo, y la sociedad hubiera dado ya un paso agigantado á su perfección.

Pero el cumplimiento, con sólo el hecho de serlo, implica un esfuerzo, y en no pocas ocasiones un sacrificio; y esta tendencia de

la humanidad á descartarse de todo lo que envuelva molestia, gravámen ó esfuerzo, siquiera sea en pequeña escala, ha sido lo que, conspirando hasta contra la significación de la palabra «cumplimiento,» que, como hemos dicho, no significa más que el acto de cumplir, inventó esta otra acepción de la palabra, prohijada ya por la suprema autoridad de la lengua, á saber: «cumplimiento.»—Ceremonia, acción fingida, palabra falaz, que se pretende rebozar con el tono de la finura y la cortesanía.

De manera que una vez promulgado en la sociedad el código de urbanidad, como su ley suprema, las gentes encontraron, como sucede generalmente con todos los códigos, que el «cumplimiento,» objeto principal del código, era un tanto cuanto embarazoso, y hasta ha de haber habido quien lo califique de tiránico; por lo menos había una distancia inmensa entre el «cumplimiento» y lo que se llama vivir á «la pata la llana;» como la hay entre la persona culta y bien educada y el palurdo; porque el cum-

plimiento y la mayor suma de cumplimientos constituyen al hombre fino, mientras que la ausencia total de cumplimientos constituyen al salvaje.

Pero no había remedio; á las gentes les pesaba el código, era mucha su tirantez, muy rígidas sus prescripciones, muy complicados los deberes que impone, muy difícil, en fin, el cumplimiento.

Y de aquí viene que no se trabe amistad alguna, sin la sacramental protesta de «no andarse con cumplimientos.» Quiere decir que vamos á ejercer uno de los actos primordiales de sociedad, previsto y documentado por el único código competente, por el de la urbanidad, que nos impone deberes y cumplimientos recíprocos, no arbitrarios sino basados en la ley universal de las sociedades; y precisamente en los momentos de caer bajo la férula del código, en vez de protestar su cumplimiento, nos ofrecemos recíprocamente, como falsa garantía de nuestra amistad, faltar al código á diestra y siniestra.

Esta frase de «no andarse con cumplimientos,» gastada también en fuerza de ser una muletilla, tiene circulación legal como los medios lisos, pero en su sentido literal quiere decir: hoy contraemos amistad, pero no nos comprometemos á ser con ella consecuentes: los dos tendremos deberes que cumplir, pero no los cumpliremos, y cada una de nuestras inconsecuencias estará salvada de antemano, porque nos hemos dicho bien claro, que no «hemos de andarnos con cumplimientos.»

Las dos açepciones opuestas de la palabra cumplimiento sirven admirablemente para este juego de palabras, que nadie toma por lo serio.

El tonillo con que se dice siempre «nada de cumplimientos,» indica que se refiere á la cortesanía empalagosa, afectada, falsa é inconducente.

—Yo no puedo ver los «cumplimientos,» dice una polla repitiendo lo que le ha oídó decir á su mamá, creyendo con esto darse un baño de ingenuidad y de sencillez muy interesantes.

—Yo los detesto, dice un sujeto echándola de llano, de despreocupado y de francote. Yo no gasto cumplimientos, y soy hombre de pan, pan, y vino, vino. Yo les llamo á las cosas por su nombre.

Excepto, digo yo, en lo de llamar falsedad ó inconveniencia al cumplimiento de los deberes sociales.

Difícil ha sido en todos tiempos gobernar á las masas, y para haber de sujetarlas á una ley común, á una constitución política, ¡cuánta sangre se ha derramado, y cuántos sacrificios ha costado esta tendencia al orden!

Y como de todos los códigos, el de urbanidad es el único que no se impone con bayonetas, las masas sociales juegan con él como los muchachos con su silabario.

Predomina por lo tanto, sobre la tendencia al orden y perfección social, la propensión á descartarse de toda traba, lazo, compromiso, deber ó sacrificio en obsequio de la sociabilidad.

Pero nada muestra más la sabiduría, la

rectitud y la necesidad del código social, como el forzado retroceso de los que, optando por la *patalallana*, recurren, sin embargo, al cumplimiento, cuando les conviene.

La protesta contra los cumplimientos no es tan absoluta que suprima la tarjeta del pretendiente el día del santo del ministro, ni el pésame del deudor cuando al acreedor se le muere la suegra; ni la visita del que piensa sacar raja, ni el saludo del que lo necesita á usted, ni el interés que tiene por la interesante salud de usted aquél que está pensando pedirle un favor gordo, ni las consideraciones del presunto heredero al tío octogenario, etc., etc., etc.

Entonces las gentes vuelven sobre sus pasos, reconociendo la necesidad de los cumplimientos.

¡Qué diverso sería el aspecto de la sociedad si cada uno, después de haberse enterado del código de urbanidad en todas sus partes, se propusiera observarlo, en vez de protestar contra su cumplimiento, y que en vez de cambiarse la frase «nada de cumpli-

mientos» se dijera: Protesto no omitir cumplimiento, en obsequio de nuestra amistad!

Pero la urbanidad, como toda ley común, no es hija del sentimiento, sino del juicio, no emana del capricho, sino de la justicia, que es el gran problema de la moral universal.

Ya hemos dicho que la palabra cumplimiento pierde más y más su verdadero sentido hasta llegar á representar ceremonias ridículas y grotescas.

Una persona es capaz de cometer todo género de inconveniencias en materia de cumplimiento de sus deberes de sociedad; pero tomando al acaso diez de esas personas, para hacerlas pasar por una misma puerta, se representará, sin que venga al caso, un verdadero sainete de cumplimientos.

—Pase usted.

—No, señorita; después de usted.

—Pase usted primero.

—De ninguna manera.

—Hágame usted favor.

—Usted está más cerca.

—Pero los mayores en edad...

—Como nos toca.

—Pase usted.

—No, yo no paso sinó después de usted.

—Pues Vd., (dirigiéndose á otra persona.)

—No, señorita, á usted le toca.

—Usted sabe mejor el camino.

—Hágame usted favor.

—Sin cumplimientos:

—Tenga usted la bondad..

—Así no pasamos nunca. Pase usted.

—Con permiso....

—No hay de qué.

Hé aquí un cumplimiento de un artículo del código inconocible por la mala ejecución, como les sucede á muchos de la constitución política.

Nada digo de esas personas que se empeñan en que se siente uno. No bien ha acabado de saludar se escucha el

—Siéntese usted.

—Pero sea que usted no tenga mucha prisa para sentarse, ó porque espere concluír alguna frase.

—Siéntese usted, le repiten.

—Y si no lo hace usted en el acto, le interrumpen para decirle de nuevo.

—Pero tome usted asiento..

Y no le dejan terminar hasta que les dá usted gusto, y si en el calor de la conversación se pone usted de pié, porque así le place.

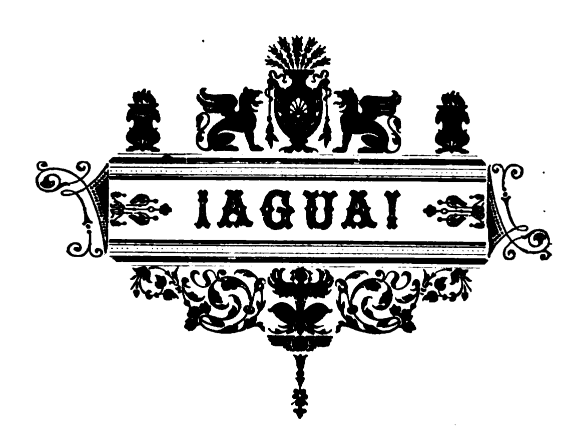
—Siéntese usted le repiten, y aún suele haber personas, de esas mismas que protestan contra los cumplimientos, que le toman á usted por la solapa de la levita y le hacen sentar por fuerza.

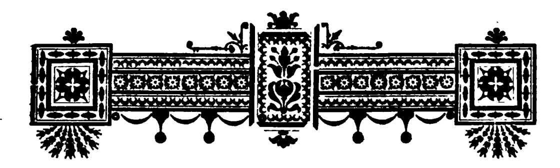
Hay efectivamente personas que toman tan á pechos los deberes de la hospitalidad, que una vez sentado á su huesped, no le han de dejar que cambie de postura, de puro cumplimiento. En materia de cumplimientos, los orales son de uso general, y éstos son los que corren de boca en boca, hasta entre las personas mas incultas, y son en general lo único que del código susodicho ha llegado á sus noticias.

En suma, detrás de la protesta contra la

cortesanía afectada ó grotesca, se oculta comunmente la repugnancia al cumplimiento de los deberes sociales, y este cumplimiento es ineludible, si la sociedad aspira de buena fe á su cultura y refinamiento.




IAGUAI



¡AGUA!

En Octubre de 1882 publiqué en *La Libertad* uno de estos mis artículos ligeros titulado *El aguador*. No hice por cierto su panegírico, ni le presenté á la posteridad con esa envidiable buena fe con que algunos articulistas se han entretenido en retratar al aguador, presentándolo como «tipo nacional,» con lo cual lo han dicho todo; no. Confieso que no he sido de los que han sentido hasta patriotismo al exhibir ante los extranjeros, ya en

cera, en barro ó en litografía, el tal «tipo nacional,» que, candorosamente nos complacemos en retratar para que conozcan en otras partes una de «nuestras cosas.»

Yo, por el contrario, le presenté como un ejemplo de degradación personal, desde el momento en que sustituye á la bestia de carga; como una muestra de atraso y de barbarie, supuesto que desde su orígen el aguador no ha dado un solo paso para mejorar su condición personal y su sistema absurdo y sucio de conducir el agua y su sistema estúpido de llevar la cuenta de los viajes; y lo exhibí, en fin, como el testimonio de nuestra incuria, desde el momento en que teniendo los veneros, afortunadamente, á algunos miles de piés de elevación, no hemos podido en un siglo entubar las aguas para recibirlas puras, con presión y á la altura de todas las necesidades domésticas.

Muy lejos de eso, bebemos agua acarreada en vasijas curadas con sebo, remendadas con «zulaque» y tapadas con suelas nau-

seabundas; y esa agua viene de fuentes descubiertas, donde cada consumidor introduce las manos, los piés y todo lo que le gusta. Pero el hábito embota el sentimiento; y el no tener idea de que podríamos llegar á beber agua limpia, ha habituado nuestro paladar al sebo, al zulaque, á la suela y á todos los misterios de la fuente abierta, seguros de que ése debe ser el sabor del agua.

Luengos años há que no sale un solo chorro de agua de ninguna fuente en la Alameda, en el paseo y en el Zócalo, donde los pobres cisnes momificados no tienen más esperanza de refrescarse que un aguacero ó una inundación.

¡Agua, señores regidores, agua por el amor de Dios! Nuestro pueblo harapiento, el mas sucio del mundo, y de cuya proverbial incuria y desaseo ha tomado la vecina república (en revancha de que les llamamos yankees) la idea de llamar á todos los mexicanos «greassers,» nuestro pueblo, que se desbarata en filánganos, que se bosqueja en sombras de mugre, y que apesta á salvaje,

necesita agua, mucha agua, señores regidores, mucha agua y regalada, para que se enmiende, para que se lave, para que le entre el amor propio, y para que ustedes puedan, por vía de medida de policía y de decoro público, impedir la circulación, en la ciudad, de algunos hombres y mujeres escandalosamente nauseabundos.

¡Agua, mucha agua en cañerías de hierro en todas las casas de la capital y de los barrios, en todos los pisos de las casas y sus dependencias, para asear los inmundos patios, las letrinas y los caños azolvados!

Encerrando el agua de los veneros de los Leones, y evitados así la evaporación, el desperdicio, los robos y las filtraciones, triplicaremos la cantidad de agua de que actualmente disfrutamos. Así lo dije en mi artículo «El Aguador», y la presión del agua será tal en la mesa de la capital, que puede sobrepasar los edificios mas altos; y con el uso de cañerías portátiles de goma elástica provistas de sifón, puede hacerse el regadío diario de las calles y los jardines,

y adornar éstos con fuentes, con ricos y variados surtidores; y los dos tantos más de agua de que disfrutaremos, si se la entuba, será la única ayuda y esperanza para empujar hacia la laguna el insoportable, pestilente y mortal azolve de nuestras atargeas.

¡Agua, señores regidores!

Hay más de siete mil casas en la capital, que por término medio pagan, (á razón de cuatro pesos cada una) veintiocho mil pesos mensuales á los aguadores y á la fontanería municipal. Cuando en las siete mil casas haya agua corriente, los inquilinos pagarán con más gusto la renta fija de cuatro pesos al propietario, al ayuntamiento ó al contratista, que al inmundo y retrógrado aguador, cuya supresión reclama imperiosamente la cultura y la dignidad de la capital de la República.

Como se trata de una mejora á todas luces conveniente y necesaria, como se trata de salir del «statu quo» y de dar un paso hacia el mejoramiento y progreso, hay que advertir ha de haber muchos señores Marroquís, que

se opongan á la mejora; ha de haber muchos celosísimos defensores de la libertad individual, quiero decir, de esos que creen que la libertad consiste en hacer cada uno lo que le diere la gana, que consideren y hasta que discutan con luminosísimas razones como un atentado, esto de obligar á las gentes á tener agua en la casa en beneficio propio y muy especialmente de la comunidad; pero no hay que hacer caso de la familia Marroquí, porque así se llaman los que opinan por el atajo y la diligencia en lugar de los ferrocarriles y por el aceite de nabo en lugar de la luz eléctrica.

Las ruedas del carro del progreso no han hecho en su gloriosa carrera más que aplastar Marroquís.

¡Agua, señores regidores, mucha agua barata para las casas y regalada al pueblo, porque el primer paso al mejoramiento personal es el aseo; y no es extraño que, dado ese primer paso y con él engendrado el deseo de perfeccionarse, se acorte más la distancia entre el baño y la escuela, entre

la incuria y el abandono del que no sabe apreciar en sí mismo, ni su cuerpo ni su salud, y la idea regeneradora de educarse por aprecio á sí mismo y aspiración á su progreso!

¡Agua, agua á nombre del pueblo menesteroso, agua para los mingitorios, para las casas de vecindad, agua para las calzadas de los paseos, para la arboleda de las calles, para los pobres cisnes del Zócalo!

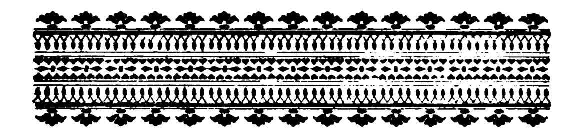
¡Agua en postes de hierro, salientes, visibles y practicables en las esquinas, para apagar incendios, y para regar la calle con sólo la adaptación de una manga con sifón. Agua por todas partes y á todas horas, y las bendiciones de la capital al municipio, serán mas fervorosas que las de los israelitas á Moisés en el desierto!

Va á haber muchas almas caritativas, Marroquís de raza pura, que se enternezcan al reflexionar sobre la suerte de los mil y quinientos aguadores que van á quedar cesantes porque se les acaba el oficio. Va á haber quien abrazado cariñosamente con

el maestro aguador, anatematice el progreso y todos sus secuaces, y muy especialmente á este señor Facundo que tiene la manía de meterse en todas esas cosas de la civilización y del progreso, por amor á sus semejantes y á su patria. Va á haber vieja y propietaria que prefiera darle cinco pesos al maestro por agua de sebo, de zulaque y de suela, poca y cara, que cuatro pesos al municipio por agua abundante, con presión, y tan limpia como la del manantial, no tocada por manos ni por zapatos extraños. Va á haber de todo eso y mucho más; pero, adelante, señores regidores, agua y más agua, porque la sequía de la capital se va haciendo insoportable y nos morimos de sed, de desaseo y de asco. ¡Agua, señores regidores, más agua!




COMERCIO
Y
OTRAS COSAS
AL AIRE LIBRE.



COMERCIO Y OTRAS COSAS AL AIRE LIBRE.

LAS dificultades é inconvenientes que de mucho tiempo atrás vienen combatiendo el espíritu de asociación y la formación de compañías industriales para ensanchar la esfera de los negocios, dan por resultado la mayor división en el comercio y en las pequeñas industrias.

No sabemos si la larga serie de vicisitudes porque ha atravesado México ha impreso al carácter nacional el mezquino límite de sus aspiraciones y la perfecta conformidad con el mediano bienestar, pero el hecho es

que no hay un comerciante en pequeño que no clame contra la asociación ó compañía mercantil y que no se considere muy feliz con que su negocio, su comercio ó su industria le proporcione lo extrictamente necesario para mantenerse.

De aquí viene ese crecido número de pobres comerciantes y de pobres industriales que pueblan la ciudad dándole, especialmente en los centros mas poblados, el aspecto de baratillo ó feria de pueblo. El portal de Mercaderes presenta á los ojos del viajero el conjunto mas extravagante de inconveniencias. Las cantinas, las sombrererías y las imprentas, las muñequerías, los dulces, los pasteles y los zapatos en un *totum revolutum* indescriptible. No les basta á los pobres dulces y á los desgraciados pasteles aumentar de peso y de volumen á fuerza de capas de polvo, que forzosamente recogen, sinó que además de esta geología peculiar de las golosinas al aire libre, soportan la fumigación perenne de grandes cantidades de zapatos de á peso, y por ende

apestosos, cuyas emanaciones de tanino y de descomposición cadavérica con que se distingue el curtido imperfecto de la suela barata, impregnan los susodichos dulces y pasteles á que el paladar de nuestro poco exigente pueblo está tan acostumbrado, como todos los habitantes de la capital lo estamos al sabor del chochocol.

Y por si acaso los dos olorcillos nauseabundos de tanino y cadáver no fuesen suficientes para sazonar los merengues y los pasteles, los pobres que se proveen de zapatos, tan ricos en emanaciones fétidas, exhiben á todas horas, sin maldita la aprensión, y á media vara de los pasteles, exhiben.... su pié! á ciencia y paciencia de las señoras que pasan y de las dulceras que.... bendito sea Dios! venden todos sus calabazates.

No nos sorprende que una dulcera, que vende acitrones hace veinte años frente á un montón de zapatos apestosos, no haga reparos en materia de olfato ni de emanaciones; tampoco es de extrañar que el vendedor de zapatos no se cuide de los meren-

gues, que ningún daño le hacen, ni debe sorprender, por último, que indivíduos de nuestro pueblo, acostumbrados á no respetar al público, porque nadie les ha enseñado esas cosas, enseñoreados de la calle que les sirve de alcoba y de mingitorio, como la arena del desierto al salvaje, no tengan reparo en lucir sus miserias y fumigar los dulces al probarse los zapatos delante de todo el mundo; no, nada de esto es sorprendente. Pero lo que sí no cabe en el juicio es que el ilustrado señor regidor, á quien incumba la policía de esa demarcación, no haya parado mientes en los espectáculos de esas zapaterías de villorrio, ni en lo repugnante de la amalgama de zapatos y pasteles.

¿Qué necesidad hay de aglomerar, precisamente en el portal de Mercaderes, esos surtidos de zapatos ordinarios, que ninguna persona que se aprecie es capaz de comprar en aquel sitio, á la vista de todos? Esos zapatos son exclusivamente para la plebe? Por qué se la obliga á que ese acto de calzarse y descalzarse que pertenece, por

su naturaleza, á los actos privados personales, lo ejecute, precisamente, en el lugar mas céntrico y mas concurrido de la ciudad, cuando lo natural sería ocultar esas poridades y esas escenas asquerosas, relegando á los zapateros á una plazuela poco transitada? Ningún perjuicio se les seguiría; porque no son los concurrentes ordinarios, ni los principales transeuntes, ni las señoras ni los caballeros, los marchantes de esas zapaterías, sinó los indios, los rancheros y los pobres que generalmente no ocurren al portal más que cuando se permiten el lujo de comprar tales zapatos.

La capital no puede preciarse de culta, mientras tolere esa amalgama, especialmente cuando no hay necesidad de hacerla; y si ella existe, no es más que por incuria y por la fuerza de la costumbre; y ésta es tal, que nadie en su propia casa permite que los zapatos estén en el comedor; pero nadie, los regidores inclusive, deja de comprar gaznates ó bocadillos á media vara de los zapatos olorosos del portal.

Y supuesto que este local ha sido elegido por la mayoría de los dulceros y pasteleros, tolerados allí desde tiempo inmemorial, envíese á los zapateros de ordinario, con sus malos olores á otra parte, y el público goloso vivirá agradecido al Ayuntamiento si pone, como debe, cada cosa en su lugar.

Y ya que de poner las cosas en su lugar se trata, bueno será fijarse en otra clase de vendedoras trashumantes: en las enchiladeras, que, parapetadas detrás de un brasero en la línea que divide la propiedad particular de la vía pública, fríen pambazos, enchiladas y tripas, en un lago de manteca hirviente, salpicando y manchando los vestidos de las señoras y los pantalones de los caballeros.

Esos figones al aire libre, son un ataque á la libertad individual de los transeuntes, y no está en las facultades legales del Ayuntamiento tolerarlos, permitirlos, ni recibir de ellos cuota ó contribución municipal, porque las leyes de policía tienen por objeto obligar á los ciudadanos á que cumplan

con sus deberes personales respecto á los demás; y la enchiladera que sobre manchar la ropa del transeunte sirve además de punto de parada á aquéllos que gustan almorzar al aire libre, formando en la banqueta un grupo de golosos que obstruyen el tránsito, no cumple evidentemente con sus deberes de respetar el derecho de transitar, sinó antes bien ataca la libertad de los transeuntes, obligándolos á detenerse, á manchar su ropa ó á bajarse de la banqueta.

No hace muchos días, dos niños que salieron de la Escuela Preparatoria con sus libros debajo del brazo, pasando junto á la enchiladera de la segunda calle del Reloj, dió uno de ellos un grito y se llevó las manos á la cara. Le había entrado una gota de manteca hirviente en un ojo. Los dos niños siguieron su camino, muy agenos, por supuesto, de que tal desgracia fuese motivada por una infracción de policía, tolerada por la autoridad.

Todos nos lamentamos, y con razón, de las costumbres ordinarias de esa plebe que,

á falta de comodidades domésticas que desconoce por completo, vive en la calle con la misma libertad de acción que en su domicilio; en la calle se sienta, se acuesta, come, se pone y se quita los zapatos y satisface todas sus necesidades, sin que le haya pasado jamás por las mientes que tiene deberes que cumplir respecto al público.

No faltará quien se ría juzgando ridícula la pretensión de que los léperos sean pulcros y bien educados; pero si hemos de ser consecuentes con nuestro programa de educar al pueblo, debemos convenir en que esas malas costumbres y esas infracciones de policía, son el resultado de deficiencia en la enseñanza de urbanidad en las escuelas, y de punible tolerancia y descuido por parte de los agentes del orden público.

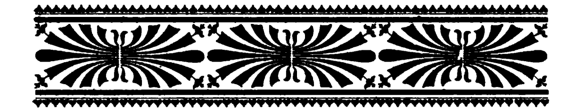
Y como quiera que la educación social y el espíritu de las leyes de policía reconocen el mismo principio, conviene que tanto el niño en la escuela como el gendarme, no olviden jamás que el límite de la libertad individual es el punto en que el ejercicio de

esta comienza á atacar la libertad de otro.

Pero mientras el niño y el gendarme lo aprenden, lo cual va largo, el señor regidor á quien le toque, que debe haberlo aprendido hace tiempo, convendrá con nosotros en la conveniencia de desterrar á los zapateros del portal y á las enchiladeras de las puertas.




LA CASA DE VECINDAD



LA CASA DE VECINDAD.

Se entra por un zaguán de pesadas puertas carcomidas por los años á un callejón de paredes descarnadas por el salitre. El pavimento está formado de piedras de superficie irregular, no domadas por ruedas de carruaje, sinó mas y mas prominentes á medida que la escoba recoge la tierra suelta que las unió. En muchas partes faltan las piedras porque los vecinos las han robado. Corre hacia un lado de aquel triste vestíbulo un caño descubierto en donde se estanca un lodo negro y pestilente. En el quicio del segundo muro una

gran mancha negra revela la calidad del alumbrado que la incuria y la avaricia del propietario proporciona á sus desgraciados inquilinos.

La primera pieza habitada es la de la casera, mujer de un cargador y madre de cinco muchachos. Esta mujer, como casi todas las demás vecinas, tiene «sus arrimados,» como ellas les llaman. Viven con ella su cuñada, abandonada por el marido y con dos niños, y duerme en el mismo cuarto un pobre viejo cojo que pide limosna durante el día en la calle. El cuarto mide cinco varas y media por lado y duermen en él cuatro personas grandes y siete muchachos.

En el cuarto número 1 vive un zapatero que trabaja jueves, viernes y sábado; se emborracha domingo y lúnes, el mártes está «crudo» y el miércoles consigue obra; tiene también mujer, tres arrimados y cuatro hijos. El cuarto tiene las mismas dimensiones que el de la casera, y alberga á nueve. El piso es de madera y se mueve al andar. Debajo de las vigas «mana el agua

y bullen los mestizos» según expresión y testimonio de los mismos moradores.

En el cuarto inmediato, que sólo tiene cuatro varas, viven tres tortilleras; y el número de arrimados de ambos sexos varía en razón directa de la carestía del maíz y de la baratura del aguardiente. Nadie, ni en la misma vecindad, ha podido averiguar los grados de parentesco y consanguinidad entre los arrimados y las tortilleras: aquélla es una tribu mas oscura que la de los Faraones.

En una de las viviendas altas acaban de morir de tifo el padre y la madre de dos niñas que están buscando donde ir á vivir. En otra vivienda vive un empleado que acaba de empeñar la cama, que era el último mueble que le quedaba.

Todavía quedan algunos vecinos ni mas afortunados ni con más recursos que los anteriores, y algunos perros que comen en la calle y duermen en la casa. Cuando aquellas puertas se cierran, el aire cargado de miasmas y emanaciones de todo género se hace irrespirable.

La casera cuenta que han muerto en la casa nada más seis personas en menos de dos meses.

Esta casa pertenece á uno de tantos propietarios, á quienes la codicia, las circunstancias, el egoísmo, la falta de amor al prójimo, la desidia de las autoridades, la deficiencia de los reglamentos de policía y la apatía general de superiores y subalternos para vigilar su cumplimiento, han llegado á constituír en negociantes de rentas que recojen con los ojos cerrados como en la trata de negros.

Esta casa que es el modelo de muchos centenares de casas de vecindad, se viene abajo por la acción del tiempo y de la inmundicia; nunca se asea ni se pinta, ni se repone lo que se deteriora ó se acaba, como las vidrieras, los ladrillos, los braseros y los caños. El propietario tiene varias de estas grandes pocilgas atestadas de infelices, que tienen que vivir sentados al borde de su sepulcro; tiene un cobrador y un abogadito novel, pero muy «templado» para lanzar

inquilinos, y para contemplar con la sonrisa en los labios los cuadros mas espantosos de la adversidad. El cobrador paga la contribución y el propietario se pavonea en la Reforma en su carretela, y en el palco de la ópera. No ha visto su casa en cinco años, y no habla más que con el cobrador cuando le lleva dinero y con el abogadito cuando no se lo lleva. Tienen orden el cobrador y la casera de subir las rentas en cada desocupación, y de no trasmitir queja ninguna de los inquilinos, porque eso es muy molesto y se pierde el tiempo.

Pobres gentes, pobres clases proletarias que viven en la abnegación y la miseria, y mueren sin haber tenido jamás ni idea del bienestar doméstico. No se ve en esas habitaciones un lavamanos, un lebrillo, ni mucho menos un aguamanil. Esas gentes despiertan, abren los ojos, se levantan y andan. No se sacuden siquiera como el perro ni se asean como el gato, ni como casi todos los animales que no desperdician momento en su aseo y compostura. Sabido es que el

desaseo de la piel engendra en el hombre no sólo el malestar y la pereza, sino que le predispone á todas las afecciones parasitarias é influye en su nutrición y desarrollo; de manera que una de las causas del raquitismo y mala constitución de la prole, es el desaseo del cuerpo, cuyas secreciones constantes é insensibles forman aglomeraciones y capas de resíduo que acaban por alterar y modificar las funciones de la piel.

En esa clase desgraciada se ha perdido ya por completo el hábito, la necesidad y hasta la noción del aseo personal; y el sentido del olfato se ha connaturalizado con los malos olores. Pruébese á darles á aspirar uno de los perfumes modernos mas exquisitos, y se les verá hacer aspavientos como nosotros cuando se trata de algo nauseabundo.

Se necesita de una circunstancia extraordinaria ó de holgura en el haber cuotidiano, para que esas gentes piensen en bañarse, lo cual no hacen nunca si no es para cambiarse ropa. No habría, pues, obra mas merito-

ria, filantrópica y trascendental que el establecimiento de lavaderos y baños gratuítos en los suburbios de la ciudad, obra que relativamente costaría bien poco, y cooperaría grandemente á crear en esas clases abyectas el instinto del mejoramiento individual, y con este instinto el amor al trabajo. La mayor suma de necesidades trae consigo la mayor suma de esfuerzos y ésta la mayor suma de recursos. Pero nada es mas funesto para el adelanto de las sociedades que el estoicismo: los filósofos de esa antigua secta, después de oír el relato de la miseria y de la desgracia contestaban: «Suicídate.» Si á la plebe de los barrios de México se les hiciera pensar en su propia incuria y abyección contestarían «pos si semos probes...»

Y como son «probes» van cargando por años las secreciones de su propio cuerpo y los parásitos que los consumen; como son «probes» creen tener derecho á la vida del perro vagabundo, viviendo en la calle sin la mas remota idea del respeto público. Es-

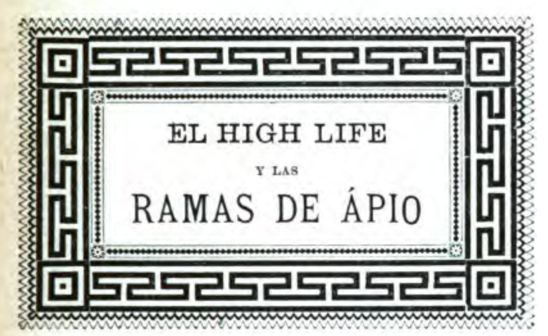
te estado de miseria estoica les predispone á la embriaguez y al hurto. En la embriaguez sintetizan todos los placeres y en el hurto, ó como ellos lo llaman, «lo que Dios les dá,» todos sus recursos.

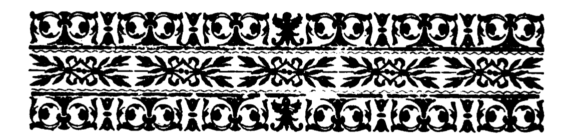
Esta clase no puede existir impúnemente confundida entre las demás sin causarles daño, y se los causa bajo el punto de vista higiénico, porque en su desaseo forman un gran foco de trasmisión de enfermedades y de emanaciones pestilentes; porque mantienen y propagan la cría de animales parásitos en su cuerpo y en sus habitaciones; por que su incuria, su desaseo y sus costumbres, protegidas y toleradas, imprimen á nuestros mercados públicos ese aspecto asqueroso y repugnante, que hace imposible en México la costumbre de que las clases acomodadas visiten el mercado por placer y por recreo. Las perjudican, en fin, porque los paseos públicos á que tienen libre acceso hay que abandonárselos, como sucede en el centro del Zócalo, y finalmente, porque los esfuerzos del gobierno y el empeño de los profe-

sores de las escuelas se hacen estériles, por que la lección de aseo y urbanidad dada en la mañana, la olvida y la pierde el pobre niño en la noche al contacto de su familia.

En el origen de los pueblos los legisladores se ocupaban tanto de las leyes como de las costumbres. No encontramos pues la razón por qué, tratándose de una clase semisalvaje, con la que forzosamente tenemos que estar en contacto, la legislación municipal, con un espíritu mas filosófico, no se reforme, en el sentido de mejorar la condición y las costumbres de la clase abyecta. Ciertas disposiciones de policía, llevadas á cabo con criterio y con constancia, empezarían á crear en esa parte de la población el sentimiento de decoro personal, y sobre todo, de respeto público tan inseparable del respeto á la ley y á las autoridades.




EL HIGH LIFE
Y LAS
RAMAS DE ÁPIO



EL HIGH LIFE Y LAS «RAMAS DE APIO.»

EXTRAÑA manía de escritor, dirán algunos, es ésta de ocuparse tan asíduamente de nuestra clase pobre; de esas gentes miserables y abyectas que viven en medio de nosotros en estado casi salvaje. Ingrato tema es éste, máxime cuando en nuestro deseo ardiente de civilizarnos hemos alcanzado ya las mas altas conquistas, como la del «Jockey Club.» Hé aquí un asunto brillante, y que se presta á deslizar adrede en la crónica, algunos inglesismos para manifestar que el periodista

está en contacto tan íntimo con los ingleses (de nacimiento y no los suyos), que sin sentir suelta un «high life» por un «gran tono» y otros muchos por ese estilo. Y si á este chapurrado se agrega cierto amaneramiento británico en el vestir; unos zapatos muy grandes, muy feos y muy puntiagudos, y unos pantalones muy angostos, muy altos y muy mal hechos y del casimir mas feo que se encuentre, no se necesita más para soñarse hijo de lord en Peralvillo.

Esta diversión de las carreras tiene sus ventajas grandes para todos; pero la principal es la de figurarse que está uno en Lóndres, lo cual es mucho en ese potrero tequesquitoso; y luego que los empleados de poco sueldo y los dependientes de tienda, pueden con sólo dos pesos tener un rato de «high life;» y ya se deja entender cuánto se halagará la vanidad de un pobre al codearse con los caballos de los ricos, al conocer y pronunciar familiarmente el nombre de una yegua, y contar las hazañas del animal á

las niñas, con un entusiasmo enteramente hípico.

En cuanto á las señoras, les resulta una ventaja grande. Ninguna es fea; ni siquiera



regular ó pasadera. Al través del polvo sutil del tequesquite, todas son astros y aparecen en las tribunas en forma de nebulosas, de pléyades, de constelaciones, de estrellas dobles y de satélites; y no así

como quiera, sino con sus nombres y apellidos. No importa que el cronista las conozca ó siquiera las vea: ellas tendrán los calificativos de divinas, lindísimas, elegantísimas y deslumbradoras en un periódico, y ésta es otra de las dulces ilusiones del «high life.»

Partidario del sistema de los contrastes, nos desprendemos de buen grado de esas tribunas que se llaman firmamento, donde no se necesita ni de la naturaleza para ser hermosa, ni de la sangre para ser inglés, y dirigimos nuestras miradas, ¡qué mal gusto! al pobre pueblo bajo de nuestra hermosa ciudad de los palacios y nos internamos en la casa de vecindad para escuchar lo que dicen esas gentes sin cronista.

Hablan dos mujeres de color magro y pelo erizo. Su epidermis ha perdido hace tiempo no sólo la frescura, sinó sus condiciones fisiológicas, para convertirse en un pergamino seco, y medio barnizado por el uso. Pende del lugar donde debían tener la cintura algo que fué una enagua de lienzo,

y que actualmente tiene tantas partiduras como tuvo pliegues; de tal manera que al material aquél no son aplicables ya las medidas de superficie. Este desastre, á fuerza de ser familiar en esa clase, atrae sobre la propietaria un mote; pero no sobre la prenda, sinó respecto á la persona; y como si en homenaje á la belleza, la plebe estuviera de acuerdo en que al abrigo de esos harapos no caben ni el sexo, ni la persona, le llama al conjunto todo de hilachas y mujer «rama de ápio.»

Con toda probabilidad esas enaguas no se han desprendido de la propietaria en algunos años, ni la propietaria ha tenido necesidad de hacerlo, puesto que, filánganos como son, le sirven de enagua de día y de colchón y de cobertor de noche. En su azarosa carrera, esa clase de prendas, en su primera época, se cosen, en la segunda se remiendan y en la tercera se anudan; porque las partiduras son tantas, que la tela ha llegado á asumir el aspecto de un gran fleco, y la mujer que se lo enreda en la cin-

tura la apariencia de una borla ambulante.

El deterioro de la tela en esas mujeres pasa del aniquilamiento á la evaporación, se acaba en la atmósfera sin quedar de ella más que algunos de los corpúsculos que flotan en un rayo de sol.

Quién sabe si al «high life» le parezca esto exagerado, ó cuando menos inconducente, ó indigno de narrarse, pero podemos asegurar formalmente á la «créme de la créme» de la alta sociedad, que esta «créme de la créme» de la miseria, influye de una manera poderosa en la calidad y la carestía del papel de las fábricas nacionales! Y hé aquí á la prensa y á toda la literatura de un pueblo, uniendo sus destinos á las «ramas de ápio» que se encargan de consumir ¡pobrecitas! no los desechos definitivamente inútiles, sino un artículo que en la moderna industria tiene una importancia colosal: «las hilachas.»

¿Podría llegar á imáginarse el «high life,» que las «ramas de ápio» han obligado á los fabricantes de papel mexicano á mandar

traer hilachas á Alemania? Pues así sucede, y este hecho prueba que por grande que sea la miseria en otras partes, las hilachas, lejos de consumirse por desprendimiento de moléculas hasta su total desaparición, alcanzan en vida los honores de convertirse en papel ministro.

Por qué existen las «ramas de ápio?» Es nuestra ciudad mas pobre que otras? No. En México no hay quien se muera de hambre como en Lóndres, ni el refinamiento del egoísmo, ni la falta de caridad han llegado al grado de presentar al mundo un excedente de población sin pan y sin hogar, que no cabe en ninguna parte.

Las «ramas de ápio» caben todavía en las pocilgas y comen y hasta se embriagan, lo cual es, en este caso, la esplendidez en la miseria.

«La rama de ápio» que logra envenenarse con el alcohol, se ríe y canta, y se deja arrastrar por un gendarme á un lugar que tiene piso, paredes y techo, donde no llueve ni entra el aire, no importa si se llama

la Chinche, Belem, ó el palacio de los pobres.

«La rama de ápio» supera á la gitana en independencia. No necesita de la ley, ni del sacramento. No tiene marido; tiene hombre.

—Dónde está tu hombre? pregunta una á la otra.

—En Belem otra vez, bendito sea Dios. Allí está mejor, no «quere» trabajar, y «nomas» me pega; como que mira mi ojo: por nada me lo saca.

—Y qué haces ora?

—Pos «arrimada» con mi comadre.

«La rama de ápio» pues, se arrima, come, se embriaga y se enamora. No es precisamente la víctima expiatoria y forzosa de la miseria pública; no son las vicisitudes sociales las que la forman; es su degradación personal la que determina su manera de ser, forma una casta como los gitanos, y es esencialmente el producto de las malas costumbres. De manera que con sólo difundir el sentimiento del decoro en la última clase

social se extinguiría esta escoria, mengua de cualquiera sociedad civilizada.

Sucede en toda sociedad que los gremios ó clases sociales no permanecen estacionarios, sino que obedecen á un movimiento de repercusión, de clase en clase, como las olas.

La relajación del principio moral, engendra un encanallamiento que se repercute de clase en clase, no porque se corrompan todas las masas en conjunto, porque eso nunca sucede, sino porque cada una de ellas da un contingente parcial á la que sigue, y ésta á la inferior hasta producir la escoria social, cuyo incremento estará siempre en razón directa de la moralidad de la clase predominante.

Y lo notable en toda decadencia social es que, como la humanidad no llega nunca á perder la intuición de lo bueno y de lo justo, cuando las clases buscan simultáneamente, y por medio de ese instinto, la disculpa de sus faltas, cada uno se encuentra mejor que las de la clase inferior que le sigue, y no se inculpa de haberse contagiado en la

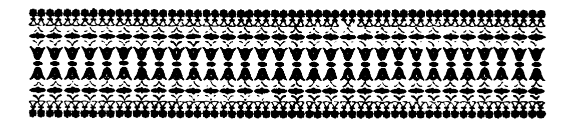
superior, sino se envanece de no haber llegado á la inferior y mas abyecta.

Por eso la clase que se conoce con el nombre de «pelados,» ha encontrado para la escoria social el mote de «ramas de ápio» y mientras exista ese término de comparación que le es propicio, el pelado no podrá mejorarse por sí mismo.

No nos cansaremos pues de insistir en que la filosofía de la enseñanza en México, debe hacer solidarios á los maestros de escuela y á la policía, en el difícil y trascendental problema de la educación del pueblo.




EL AHORRO
Y LA ECONOMÍA



EL AHORRO Y LA ECONOMÍA.

HACE algunos años que en mi constante estudio y observación respecto á las condiciones y modo de vivir de nuestras clases proletarias, descubrí que la causa principal de la postración é incuria en que se encuentran viene de la falta absoluta de un plan filosófico de educación del pueblo. En la série de mis artículos ligeros sobre asuntos trascendentales, me he ocupado preferentemente de las cuestiones que mas inmediatamente atañen al mejoramiento de nuestras clases pobres; su desaseo y abandono me han sugerido algu-

nas ideas sobre la higiene: y aún con la profunda convicción de lo desautorizado y débil de mi voz, he abogado por el establecimiento de baños y lavaderos gratuítos para los pobres; su falta de decoro personal y de respeto al público me han obligado á llamar la atención, ya de nuestra corporación municipal, ya de nuestra junta de instrucción pública, á fin de que, de acuerdo con el principio reformador y educador que debe normar los actos de esos cuerpos colegiados, se dictaran medidas acertadas, en armonía con el espíritu de mejoramiento y de progreso, tan característico en las sociedades modernas.

En los cortos límites, ya no sólo de mi capacidad sino en los del artículo de periódico, he procurado tocar una por una todas las cuestiones sociales, con las observaciones, comentarios, sugestiones, é ideas mas adecuadas á cada asunto.

—No ha de conseguir usted nada, me dicen, con la mas profunda convicción, muchos de los que me leen, usted tiene razón

de sobra. Todo lo que usted dice son verdades innegables y manifiestas, claras como la luz del día; pero no le han de hacer á usted caso, porque el mal no está en los que deben aprender, sino en aquéllos á quienes les toca enseñar; y más le valiera á usted emprender descomunal batalla contra molinos de viento ó contra pellejos de vino, que pretender sembrar una sola semilla nueva en corporaciones municipales que van y vienen, como la ardilla en su jaula cilíndrica de trescientos sesenta y cinco días dando las mismas vueltas y comiendo las mismas nueces.

En efecto; tienen tanta razón los que así desesperan del remedio, como yo la tengo insistiendo en él. Y harto habituado estoy, como hijo nato y de antaño avecindado en esta dichosa capital, á todos los despilfarros y gollerías, así privadas como municipales y administrativas, que para algo he de haber nacido en este país de bendición.

Ya no me sorprende, como debiera ver caballeros con un brillante de á mil pesos

en un dedo, sin tener sillas en su casa; ni ayuntamientos sentados á la mesa en un banquete espléndido, mientras el vecindario á su alrededor se tapa las narices. Ni si en sesión se trata en vez de caños, de letrinas y de higiene, de inventar monumentos á los Reyes Católicos, no; nada de eso me sorprende, en fuerza de verlo todos los días; pero no por eso dejo ni mi tema ni mis propósitos.

Suelen llegar á mis manos y al conocimiento de los lectores de este periódico, algunos trabajos de hombres pensadores que me proporcionan la satisfacción de ver corroborados mis asertos y autorizadas mis teorías y mis principios, emitidos á propósito de ciertas cuestiones: tales son por ejemplo: un notable artículo del Dr. Morím sobre el aseo, su importancia y su extensión, premiado y publicado con gran éxito por la Sociedad francesa de higiene; y posteriormente una conferencia sobre el ahorro por Mr. Laurent tenida en la Escuela normal de profesores de París.

Aquéllos de mis lectores que hayan visto

en estos últimos días el concienzudo y minucioso trabajo de Mr. Laurent, pueden haber recordado que en algunos de mis artículos ligeros he tocado precisamente la cuestión del ahorro, á propósito del deplorable estado de abandono de nuestras clases proletarias; y considerando el ahorro y la economía como la base mas segura del bienestar social y de la moralidad pública.

A ningún pueblo le conviene tanto como al nuestro la aplicación de esos sanos y fecundos principios de la ciencia educativa moderna. Ningún pueblo de la tierra necesita más del ahorro y la economía, como base de su educación civil, moral y política, como el nuestro, en el que, el despilfarro, la prodigalidad, la vanidad y el lujo norman las acciones, tanto del lépero que no tiene segunda camisa y lleva un sombrero plateado que vale veinte pesos, como del petimetre que lleva brillantes en la camisa y come en su casa con los dedos; tanto de la polla que se viste como duquesa, á trueque de todo género de comodidades do-

mésticas y hasta de su nutrición, como del Ayuntamiento que embaldosa un día con mármol, y abandona diez años el empedrado, que dá banquetes á los extranjeros, y no alberga á los infelices que no tienen donde dormir.

A ningún pueblo, repito, le convienen más las máximas de ahorro y economía que á este nuestro, destinado á presentar al observador los risibles contrastes del «high life» junto á la mas desarrapada é inmunda plebe; «á la créme de la créme» de la Reforma envuelta en nubes de polvo ante las cuales el poder municipal es impotente; á las estátuas de los paseos públicos como padrón de ignominia, en fuerza de la incuria que se observa en todo y por todas partes; á las fuentes públicas secas, áridas y polvosas dentro de la cuenca del valle, rodeada de agua por todas partes; á los árboles de las calzadas enfermizos y moribundos, en medio de las apremiantes necesidades de la higiene y de la voraz destrucción de nuestros arbolados vecinos; á la inmunda cloaca

ó hacinamiento de petates y basura que pomposamente llamamos «mercado,» junto al palacio de los supremos poderes de la nación, y finalmente al rico, preponderante y próspero negocio de la usura en todas sus manifestaciones, y del juego en todas sus variedades, levantado en medio y á costa de la miseria pública y del malestar y ruína de las clases menesterosas.

En el estudio de Mr. Laurent sobre el ahorro, acabado de publicar, se encuentran los mismos principios que desde el año de 1870 propuse como base de la primera edución, en mi estudio social sobre nuestras costumbres, contenido en mi novela *Chucho el Ninfo*. Posteriormente he venido sosteniendo que la falta absoluta de esos dos grandes principios, «ahorro y economía,» imprime el carácter á nuestra sociedad, y viene reflejándose desde el niño pobre que rompe un juguete costoso sin encontrar freno á sus deseos, hasta los gobiernos que no acaban de resolver el difícil problema administrativo.

Mr. Laurent considera el ahorro, y con mucha razón, de una importancia trascendentalísima en la formación de las sociedades. Cuando se logra inculcar en el niño la idea del ahorro, y más, cuando se consigue que el niño lo practique, se han hecho dos grandes conquistas sobre su moral y su inteligencia, y respecto á su porvenir. Sobre su moral y su inteligencia, porque se le ha dado una clave preciosa que vale más que todos los placeres de la infancia; se le ha hecho dueño de sí mismo enseñándole á moderar sus deseos; se le ha hecho capaz del sacrificio, preparándolo para que mas tarde lo haga cuando necesite moderar sus pasiones. Se ha hecho una gran conquista respecto á su porvenir, porque el ahorro y la economía no sólo son la base segura del bienestar y de la riqueza, sinó del orden y de las buenas costumbres.

El ahorro que se dirije á la formación de una propiedad, de un capital ó de una fortuna, aumenta el interés y aviva el estímulo del trabajo; porque el ahorro representa no

sólo una esperanza, sinó una segunda recompensa. De manera que mientras el haber dilapidado es el pan de cada día, sujeto á todo género de cambios y vicisitudes, el ahorro es el pago doble del trabajo y tal vez un gran consuelo en la mayor y mas imprevista de las desgracias.

Bajo otro punto de vista, el ahorro, que encierra un plazo y el plazo un más allá risueño, forma una base en que se apoyan la constancia y el orden.

El estado primitivo fué la tribu salvaje; mejorando el hombre tuvo el rebaño; dió un paso más y tuvo la choza; pero cuando sembró, amó la tierra y el hombre se redimió por el amor y por el trabajo.

En nuestra edad el bandolero es todavía el salvaje de aquella tribu; no posee nada, y roba para esconderse. La vida, la patria y la sociedad, tienen más atractivos para el que más posee; quiere decir que la familia y la patria se forman con la posesión.

No hay el mismo fondo de ternura, de amor y de virtud en el que ha conseguido

tener un hogar suyo, que el trashumante que pasa la vida donde puede, y como puede, sujeto á todas las eventualidades.

Es mas común ver correr á las armas á los padres de familia en una guerra extranjera, que á los moradores de los cafés y los garitos.

Con el ahorro se conjura el hastío del trabajo, aún del trabajo mal retribuído, puesto que la retribución es susceptible de cubrir las necesidades del presente y preparar el porvenir. El ahorro es el sistema diametralmente opuesto á la usura, al préstamo y á la hipoteca; es la gota de agua que forma la estalactita; es el capital que se reproduce y crece por sí mismo.

Esta sociedad que se empeña, para no ser pobre, en enriquecer á otros en vez de enriquecerse á sí misma; esta generación que empeña y que juega, regalando al agiotista y al tahur lo que no puede guardar, no prosperará jamás por ese camino; se hundirá en la ruína y en la miseria, para que le suceda otra generación mas raquítica y mas

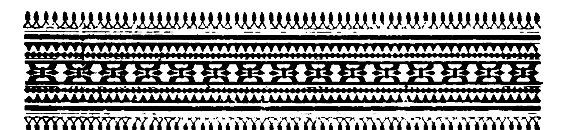
viciosa, hasta la total desaparición de nuestra raza.

Esta capital, emporio de los empeños, de las loterías y de los garitos, se irá extinguiendo lentamente por la formidable sangría de esos tres mónstruos; mientras la colonia extranjera, apoyada en los dos grandes principios de ahorro y economía, irá tomando pacífica, merecida y legal posesión de todos nuestros bienes y de todo nuestro territorio.

La única defensa posible de la generación que nos suceda, contra las adversidades seguras del porvenir, es que nosotros modifiquemos lo que se llama el carácter nacional, dándole por bases en vez del despilfarro y la falta de cálculo, «el ahorro y la economía.»



LAS NARICES



LAS NARICES.

TAREA dificilísima es ésta de enderezar entuertos, de antaño inveterados y condenados á perpetuarse por las leyes de la rutina y de la costumbre; y no es que se nos haya metido en mientes hacer proposiciones extravagantes, ó que tengamos la pretensión de reformar las costumbres conforme á un modelo creado exclusivamente en nuestra fantasía; no señor. Lo que se nos ocurre ahora á nosotros ya se le había antojado á Moisés dos mil años ha, esto es, lavarse. Desde enton-

ces es incorregible la calaña de los puercos. El Santo Profeta hubo de prescribir el aseo por medio de su poder teocrático, porque la razón, el sentido común y el olfato, son negativos en los desaseados, así se trate del pueblo hebreo ó de nuestros léperos.

Y ya que los poderosísimos resortes de la razón y del sentido común, por una parte, y del poder teocrático por otra, no han de operar milagro alguno en la plebe actual, deberíamos apelar al recurso fisiológico de estimular en los léperos, en «los garbanzos» y en los indios, el sentido del olfato, para que lleguen á comprender que se apestan á sí mismos.

Bueno sería decretar un premio gordo al descubrir de droga, específico ó procedimiento capaz de sobreexcitar la sensibilidad del olfato.

Supongamos que le tenemos ya, y que los desgraciados habitantes del Distrito Federal comenzamos á experimentar los efectos de un olfato exquisito.

Supongamos que el tal específico sea un

pomo conteniendo una sustancia volátil, capaz de flotar en moléculas en la atmósfera, y que baste respirarla para que el olfato entre en cierto período de excitación anormal.

Ya le tenemos, hemos dicho, ya estamos provistos de nuestro pomo milagroso, y escurriéndonos bonitamente hasta el palacio municipal, le destapamos en pleno cabildo. Una serie de pensamientos reflejos partirán de la punta de la nariz de cada regidor; quiere decir, que por una combinación de moléculas desprendidas del pomo y mezcladas con las del fósforo del cerebro de los ediles (precioso asunto que desarrollaría divinamente un materialista) vendríamos á parar en una serie de proposiciones por este estilo.

—Los que suscriben piden á este respetable cuerpo se sirva aprobar con dispensa de todo trámite:

1.ª Que se prohiba el libre tránsito por las calles de la ciudad á los mantequeros, jaboneros, carniceros y demás hombres nau-

seabundos, bajo penas impuestas á los dueños de tablas de carnicería y á las fábricas de jabón, velas, manteca, aceite y demás talleres que por su naturaleza demandan, no la exhibición de hombres degradados y asquerosos, sinó dobles gastos de aseo, por respeto al público, y en cumplimiento del deber de todo ciudadano de no causar daño, perjuicio, mancha, ni asco á los demás, por ser todo esto el límite democrático, social y moral de la libertad individual.

2.ª Que de las arcas municipales se asigne un fondo especial, privilegiado, y preferente al de cohetes, faroles, banquetes á los yankees, luz eléctrica y demás gollerías, para el uso de soluciones de sulfato de hierro, ú otras, para hacer instantáneamente inodoras las materias fecales que los carretoneros de ciudad pasean en triunfo entre siete y ocho de la noche, á despecho de la civilización, del decoro y del olfato.

3.ª Que el que se espulgue en la calle, hombre ó mujer, se le rape á navaja, como medida de policía, de decoro é higiene.

4.ª Que el que use ropas insuficientes á cubrir sus carnes se le recoja y se le proporcione trabajo en una penitenciaría provisional hasta que salga vestido.

5.ª Queda prohibido sentarse en las banquetas, en los quicios de las puertas y en la vía pública, cuyo uso legal es el tránsito sin impedir el de los demás.

6.ª Queda prohibido probarse zapatos en la calle, el vender rebozos, ceñidores, bandas, sombreros, sillas, mesas, bateas, ú otros objetos en la vía pública.

7.ª Se admiten proposiciones para la ubicación y construcción de un mercado de zapatos, y otro para todos los objetos de mercería, muebles y demás que hoy se venden al aire libre en las calles de Porta-cœli, Flamencos, Jesús é inmediaciones del mercado y del Palacio.

8.ª Todo vendedor de comestibles deberá andar aseado, so pena de recogerle la licencia de vender; porque hay dulceros, pasteleros, castañeros, pateras y fruteras, que la policía debe recoger por asquerosos,

ya que el respetable público, sin hacer reparos en la inmundicia, sigue siendo estóico consumidor.

9.ª Que se establezcan en los barrios de la capital baños y lavaderos gratis para los pobres, y que el fondo para los farolitos de papel del Zócalo se inviertan en jabón.

10.ª Que á la entrada de los salones de las escuelas municipales se coloquen lavamanos y tocadores habilitados, para que no se permita á ningún niño desaseado la entrada á las clases.

Todas estas proposiciones serían el resultado inmediato de una destapada del frasco susodicho.

En seguida sería saludable destaparlo en un grupo de calaveras, de ésos que hacen alarde de su amor al «garbanzo;» y claro es que excitado el sentido del olfato, palparían en el acto la diferencia de emanaciones entre una señorita nacida en buenos pañales y que practica todas las leyes del aseo personal, y las características del «garbanzo» mexicano para quien el aguamanil y el

tocador y otras cosas le son desconocidas.

No es mucho pretender el de Moisés y el mío éste de las abluciones obligatorias. A los hebreos de entonces se les caía la ropa á pedazos y cundían entre ellos la lepra y las enfermedades cutáneas y parasitarias. Nosotros tenemos en la capital una casta de «ramas de apio» y de hombres asquerosos que no les van en zaga á los israelitas del desierto.

Bacón decía que el aseo es al cuerpo lo que la decencia á las costumbres.

El aseo es no sólo la base de la salud, de las buenas costumbres y del bienestar material. Yo le considero como el primer paso del hombre á su mejoramiento moral, y por eso debe imponerse como dogma en todo sistema educativo. El sentirse limpio del cuerpo engendra una satisfacción íntima que predispone al bien obrar, y proporciona una alegría tranquila, porque al asearnos hemos cumplido con el principio fisiológico de conservar nuestra piel en el estado que conviene á las importantes funciones de este te-

gumento externo, de que se desprenden más sustancias que de los riñones mismos.

No sólo Moisés, sinó Mahoma y Brahma, comprendieron la importancia de las abluciones y los baños: los griegos lo ofrecían á su huésped y los romanos llegaron al mas alto grado de refinamiento en esta materia; y hebreos, árabes, indios, griegos y romanos se bañaron porque tenían autoridades, que cuidaban de la salud y de las costumbres del pueblo.

No sé si nosotros con dos mil años de ventaja, vendremos á parar en que la Constitución de 57 está en contraposición con el espíritu eminentemente progresita de Moisés; pero se me figura que cualquiera disposición de policía que tenga por objeto ya no sólo mejorar la condición de las clases desvalidas, sino la salud y la moralidad públicas, puede defenderse victoriosamente con nuestro Código fundamental en la mano.

El desaseo peculiar en esas clases las predispone al mal, porque no solo las priva del placer de su mejoramiento y bienestar

sensible, sino que las sumerge en una especie de estoicismo y de desprecio á su propio indivíduo, que hace imposible toda aspiración al bienestar y por consiguiente todo esfuerzo en el trabajo.

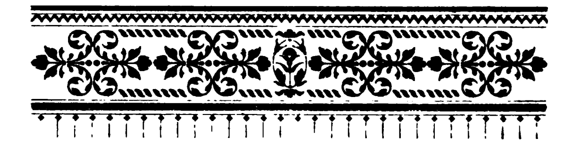
El hombre que permite que desaparezca la epidermis de sus piés y de sus piernas bajo capas sucesivas de secreciones y agregaciones ha perdido el dominio de su persona, no ha conocido el amor propio ni la vergüenza, y en el límite marcado en las costumbres de las bestias, muere sin haber dado el primer paso á su mejoramiento.

El aseo, es ese primer paso; y si por desgracia existen entre nosotros, y en tan crecido número, esas clases degradadas, los que conocemos su envilecimiento y las ventajas de la educación, debemos redimirlas. Para ello nos asiste no sólo el deber de filantropía y amor al projimo, sino el derecho de no ser infestados y asqueados por indivíduos para quienes notoriamente existe, como para nosotros, el límite racional de la libertad individual.

Cuando ni el ejemplo de los grandes legisladores de la antigüedad, ni mucho menos mis artículos, deciden, en medio de nuestra cultura, tan radicales y necesarias reformas, me figuro que esto debe consistir, no en nuestra ignorancia, ni en nuestra falta de ilustración, porque esa la tenemos y buena, sino en que no tenemos buenas narices.



EL ASEO
LA URBANIDAD
LA POLICÍA Y LA PLEBE



EL ASEO, LA URBANIDAD, LA POLICÍA Y LA PLEBE.

HACE dos años que guiado por esta mi manía de enderezar el mundo he llegado á zurcir hasta un centenar de artículos ligeros sobre asuntos trascendentales en el hueco que *La Libertad* me concede generosamente los domingos.

Tuve para mí desde el principio todo lo que de estéril y fatigoso acompaña á la extraña tarea de flotar contra la corriente, y aún me esperaba, como ha sucedido, que viviría ignorado y en lamentable minoría.

Animábanme, sin embargo, en lo privado personas muy sensatas é ilustradas á continuar mi propaganda, en que no habría de recoger flores ni elogios de la multitud, lo cual me tenía muy bien sabido de antemano.

Pero la perseverancia de mi grano de arena dominical, llamó por fin la atención de la «Época» y después del «Nacional» uniéndose franca y abiertamente á mis ideas sobre el aseo y la higiene del pueblo; y no así como quiera, sino en los términos mas lisonjeros respecto á mi oscura personalidad. Sin contar lo que á mi indivíduo se refiere, porque ello implica, más que merecimiento mío, galantería de mis amigos, huélgome de pensar que mucho han alcanzado mis pobres artículos ligeros, si de hoy más han de contar con el apoyo ilustradísimo de los periódicos que he nombrado.

El Sr. D. Juan de Dios Arias en la «Época,» y el Sr. D. Francisco Sosa en el «Nacional,» se manifiestan enteramente de acuerdo con mis sugestiones respecto al indis-

pensable aseo de ese grupo nauseabundo de nuestro pueblo, tolerado hasta hoy como tantas otras cosas, que no cuentan con más apoyo para existir que la fuerza de inercia y la fuerza de la costumbre.

Cada violación del decoro público y cada uno de los actos de incuria y salvajismo de nuestra plebe inplican no sólo el descenso y degradación del infractor, sino la negligencia de la autoridad municipal en el cumplimiento de prevenciones rudimentales de policía, caídas en desuso de mucho tiempo atrás.

Nuestros ayuntamientos han ido estrechando poco á poco su círculo de acción, y los estrecharán más todavía, porque la índole de la institución municipal no se amolda ya á nuestro modo de vivir actual.

Todo cuerpo colegiado que pretende apoyarse en el entusiasmo, en el patriotismo, y en el deseo del bien procomunal, está condenado á sufrir en la época que atravesamos sustanciales transformaciones, porque las cargas concejiles son de mejores tiempos que pasaron ya.

Ya murió para siempre aquel candor ó bonhomía de los tiempos de Revillagigedo, que ponía de muy buena fé los negocios municipales en muy buenas manos, para que se lucieran sus señorías, disputándose el cumplimiento de sus deberes en bien de la ciudad. El regidor moderno es de distinto cuño, se mueve con otros resortes, y hasta se incrusta de año en año voluntariamente en el penoso desempeño de la regiduría por razones de peso. Otras son las miras, puestas muy especialmente sobre los arbitrios, y se cree hacerle al municipio un gran servicio, cuando á despecho del decoro, del derecho y del buen sentido, se le alquila la plaza pública á Bejarano, á las poblanas de las aguas frescas, á los Orrín y á los titiriteros. De la misma manera alquila la vía pública por un centavo, que con el título de contribución de mercado no es en sustancia más que un cohecho legalizado para contravenir arbitrariamente los bandos de policía.

El Ayuntamiento no tiene dominio legal sobre las plazas y las vías públicas para

disponer de ellas como de cosa propia, enagenándolas en parte y por dinero á unos cuantos con perjuicio de los demás. El uso de la calle, común á todos los habitantes de la ciudad, implica el derecho de tránsito con el deber consiguiente é imbíbito de no impedir el de los otros; y esta es la razón toral porque no tenemos derecho ni mis lectores ni yo de poner nuestro catre en la mitad de la banqueta para dormir una siesta. Pues por la misma razón toral el Ayuntamiento, aunque lo sea, no tiene derecho ni de alquilar el Zócalo ni de permitir á las poblanas que vivan seis meses en barraca sin caño de desagüe, sin inodoros y sin las condiciones higiénicas, decentes y de policía para domicilio; por la misma razón toral no debe permitir que la banqueta del lado Sur del Palacio Nacional sea invadida y obstruída el día entero por gente que sienta allí sus reales, que comercia en la mañana en frutas, almuerza, duerme siesta al medio día y se espulga en la tarde; y como de allí no se mueve, dejo á la consideración privada de

los regidores de policía, la cantidad de resíduos animales y vegetales con que ese centenar de piojosos regala la vista, el olfato, los piés y la ropa del inofensivo transeunte. Y esto pasa en el muro del Palacio Nacional y á inmediaciones del Palacio municipal; porque, como se sabe, ésta se llama la ciudad de los palacios.

Pero ni en el ayuntamiento pasado ni en el presente ha habido un solo señor regidor, ni entre los mas pulcros é ilustrados, ni entre los mas progresistas y amantes del decoro público, á quien se le haya pasado en mientes la idea de ordenar al gendarme ocioso que quite ese fila de piojosos del muro de Palacio.

Y para apoyar racionalmente mi pretensión, y que ni por asomo aparezca ridícula ó arbitraria, me he fundado (y lo repito) en que nadie tiene derecho de convertir la vía pública en fonda, en alcoba, en espulgadero, en mingitorio y en basurero; y que de esta falta de policía no hay que culpar á los infractores, á quienes supongo, y no

gratuitamente, á veinte leguas del espíritu de la ley, de las reglas de urbanidad y de los deberes del ciudadano, sinó directa y simplemente al ciudadano regidor encargado de la policía de esa demarcación, y á quien de buen grado juzgo mas cerca, sí, mucho mas cerca que esos parias, del espíritu de las leyes de policía, de las reglas de urbanidad y de los deberes del ciudadano.

No para que las conozca el señor regidor aludido, porque las sabe al palmo, según yo creo, sinó para que las aprendan muchos á quienes no se las han enseñado, no está por demás repetir aquí las reglas fundamentales de buena educación que constituyen en sociedad los deberes del ciudadano:

I. Las banquetas son para ir y venir; quiere decir, para transitar por ellas de manera de no impedir el libre tránsito de los demás.

II. Nadie tiene derecho de sentarse, pararse ó acostarse en las banquetas, porque esto es constituírse en obstáculo para el transeunte, que es el que hace el uso legítimo de la banqueta.

IV. El que obstruye el paso, aun cuando no sea más que porque se para, abusa del derecho que tiene para transitar y ataca el mismo derecho que tienen los demás.

Este abuso implica una falta de educación y el desconocimiento de los límites racionales y debidos de la libertad individual.

V. Todo transeunte debe tomar su derecha para dejar pasar á su izquierda á los que vienen. Generalizada esta regla de urbanidad, ignorada entre nosotros, y sólo observada por los cocheros como medida reglamentaria, el tránsito por las calles será regular, ordenado y por consiguiente mas libre.

No sé si habrán enseñado esto en las escuelas; pero sí puedo asegurar que maestros y discípulos perdieron el tiempo, porque no hay quien practique estas reglas en la calle. Apelo al testimonio de los transeuntes acostumbrados á hacer «balancé» y «media cadena» á cada cinco pasos hasta que se escapan por donde pueden.

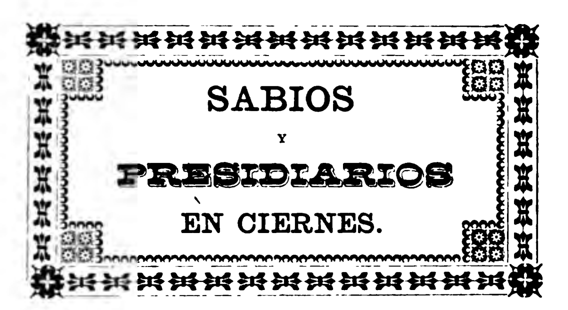
¿Quién no ha bailado con una vieja ó

con un cargador dos minutos mortales porque vieja ó cargador mudaban de intención y de dirección simultáneamente?

¿Quién no ha tenido necesidad de echarse á la calzada ante un pelotón de comadres que disertan y se platican á sus anchas en medio de la banqueta, ó ante dos léperos que se abrazan con la expansión del pulque?

Si se enseñaran prácticamente las reglas de urbanidad en todas las escuelas, y haciendo pasearse á los niños en encontradas direcciones se les obligara á tomar siempre su derecha, acabarían por tomar su derecha por costumbre cuando van por la calle.

Es cierto que los individuos de la presente generación no ganaríamos más que no tropezarnos ya con los muchachos sinó con las viejas y demás incultos, pero la generación que viene acabaría por andar en la calle como Dios manda.


SABIOS
Y
PRESIDIARIOS
EN CIERNES.



SABIOS Y PRESIDIARIOS EN CIERNES.

Cuando se tiene que ser testigo de una inconveniencia, de un desacato, ó de una grosería, se experimenta un sentimiento de reprobación y de disgusto contra un acto que está fuera del orden común y es contrario á la moral y á las buenas costumbres; pero cuando esta inconveniencia, este desacato y esta grosería es cometida en masa, en medio de una de las solemnidades mas pulcras de la civilización y del progreso moderno, no se encuentran palabras para calificar ese escándalo de lesa sociedad, y sí los mas tristes

pensamientos y las mas sombrías consideraciones respecto á la sensible y rápida decadencia social, que, con síntomas alarmantes, se percibe ya en todo agrupamiento en que figura nuestra juventud y nuestros pelados.

El Ministro de Justicia é Instrucción pública, representando al primer Magistrado de la nación, rodeado del grupo de señoras y caballeros mas respetable de la capital, directores de nuestros más distinguidos planteles de enseñanza, ocupando bajo el dosel de la Cámara popular la presidencia de uno de los actos literarios mas serios, mas trascendentales y mas honrosos para nuestro país, ha sufrido, con una prudencia heróica, los desmanes de un público de los toros, formado de la plebe que se apoderó de las galerías, capitaneada é inspirada por ese grupo, desgraciadamente numeroso, de pollos irrespetuosos y ordinarios, que son la plaga funesta de las reuniones, la violación flagrante de todo respeto y miramiento social, y mengua y baldón de los padres y

maestros encargados de educar á nuestra juventud.

No es éste el primer escándalo que produce esa falange de leperitos de levita, que ha dado en imponerse en los espectáculos públicos á despecho del respeto á las señoras, á los caballeros y á las autoridades. En fin del año pasado, en los salones del Conservatorio de música, donde se verificaban los exámenes de las alumnas, logró esa turba darse á conocer bajo su aspecto mas repugnante, cometiendo todo género de inconveniencias y faltas de decoro, al grado de hacerse indispensable la intervención de la gendarmería para eliminar por la fuerza ese elemento disolvente y despreciable de aquellos amenos cértamenes de la inteligencia y del estudio.

En la noche del miércoles, que el Gobierno destinó para distribuír solemnemente los premios á que se habían hecho acreedores en los pasados cursos todos los alumnos de los planteles nacionales de la Capital, esa turba de jovencitos, que ignora por comple-

to las mas rudimentales reglas de urbanidad, que nunca ha sabido cuáles son sus deberes, ni cuál debe ser su comportamiento en público, ni cuáles los miramientos que se merece el bello sexo, ni cuál el respeto que deben inspirarles la autoridad, los maestros y los superiores, se ha creído en la plaza del Huizachal, y ha prorrumpido en aplausos estemporáneos, indebidos, inconvenientes y á todas luces mal intencionados, para convertir en un acto de guasa y de cocorismo el acto solemne de la distribución de premios.

Esa turba de imbéciles pelados y pollos de levitas que no veían en aquella solemnidad más que la ocasión de divertirse, y no podía conseguirlo sino desnaturalizando el espíritu de aquella reunión, prorumpía con frenéticos aplausos, con vivas y bravos, cuando la señorita que iba á recibir el premio de sus estudios llevaba vestido de raso mas ó menos vistoso.

Cuando era una niña de corta edad, los léperos callaban; pero cuando era una señorita casadera y bien vestida, entonces los

Lovelaces de quince años, los elegantes de casa de vecindad, agrupados al pié de las escaleras, desde donde podían juzgar de la clase de calzado de las alumnas, punto objetivo de su entusiasmo, aplaudían con una vehemencia y una animación que por no estar motivadas, servían á la infeliz premiada de una verdadera carrera de baquetas.

Llegó la grosería de esa plebe al grado de lanzar una carcajada, seguida de un aplauso prolongadísimo y de una jácara, que sólo arranca el payaso del circo, cuando el señor secretario, encargado de llamar en voz alta á las señoritas premiadas, pronunció el nombre de «Rosaura Toro.»

Fué tal la guasa y el escándalo, que la señorita nombrada se abstuvo de subir la escalera y de recibir el premio. ¿Á qué grado de estupidez y de indecencia habrá llegado ese grupo podrido del público cuando se burla en masa y á mansalva de una señorita, digna mil veces de respeto por su sexo, por el alto homenaje de que era objeto, por la ocasión solemne en que recibía su premio

y por la alta autoridad que lo ponía en sus manos?

¿Qué calificativo merecen esos sabios, ó esos presidiarios en ciernes, cuando en ocasión tan solemne, en asamblea tan respetable, les arranca una carcajada y una tempestad de burla la palabra «Toro?»

¡Y esto pasa en la ilustrada capital de la República, delante de los extranjeros que vienen á juzgarnos!

Una oleada de indignación y de vergüenza inundó, en medio del escándalo, los semblantes de todas las personas respetables y serias. El disgusto mas profundo se apoderó de las señoras madres de familia, que veían sufrir á sus hijas aquella burla de motín, aquellos aplausos que, por estemporáneos é inmotivados, había que atribuírlos al color del vestido, á los adornos de las niñas, á su manera de andar, á su edad, á todo menos á la sinceridad de la admiración. El aplauso se pronunciaba más y más, ageno al criterio del acto literario, porque era prodigado á las jóvenes en relación con su

lujo, su hermosura y su edad y con exclusión de todo otro mérito.

Esa «claque» empezó por aplaudir frenéticamente á la única niña que se presentó mal vestida, y tal aplauso fué perfectamente necio, porque si lo arrancó el placer de palpar que el pobre se instruye, tal placer, según el buen sentir y según la buena educación, debe ser individualmente privado; porque la manifestación ruidosa á las enaguas de percal ó al vestido de raso, son una legítima ordinariez, que ofende y que lastima, que avergüenza á la pobre niña que no puede vestirse mejor, y que mortifica á la señorita que cree haber llamado demasiado la atención con su vestido color de rosa.

Una vez excitada la grosería y la ordinariez de aquella turba, fué objeto de burlas, risas y guasa el señor secretario de la Escuela secundaria de niñas, quien no hacía más que llamar, con voz bien clara, á las niñas premiadas.

Antes que repetir espectáculo semejante, antes que exponerse á apelar á la fuerza ar-

mada y á convertir en motín escandaloso, y tal vez sangriento, un acto literario y serio, antes que dar lugar á que se describa una función de premios de esta especie en algún periódico de ultramar, suprímanse, una vez por todas, las distribuciones de premios en los teatros á puerta franca. Y como no sería justo ni exponer á las niñas á otra rechifla, ni privarlas por otra parte de ese gran día de grata y merecida fiesta, subdivídanse las distribuciones de premios en pequeños grupos, y verifíquense en las condiciones siguientes:

I. Con boletos personales repartidos á personas serias.

II. Prohibiendo la entrada á los exámenes públicos y á los premios, á los alumnos de otras escuelas y en lo general á todo indivíduo menor de edad.

III. Prohibiendo severamente aplaudir ó hacer cualquiera manifestación ruidosa, de aprobación ó desaprobación, en los exámenes y funciones de premios.

IV. Las distribuciones de premios serán

parciales, privadas y de un carácter puramente literario y sin música. Los concurrentes se eligirán entre los indivíduos que pertenezcan á la instrucción pública, entre los literatos, periodistas y personas de respeto y alta posición social.

Además de las anteriores bases, proponemos que la Secretaría de Justicia é Instrucción pública, por medio de una circular, ordene á todos los directores de los establecimientos nacionales, así de instrucción primaria, como secundaria y superior, que alterando, desde el recibo de la circular, el orden de las clases, se dedique una hora diaria en todos los establecimientos al estudio y aprendizaje teórico y práctico de urbanidad y buenas maneras, para hacer comprender y practicar á los educandos sus deberes con respecto á sus semejantes, y muy especialmente sus deberes en la calle y en toda reunión ó paraje público, recalcando, á juicio de los profesores, todas aquellas máximas que tiendan á destruír radicalmente los vicios, defectos y deficiencia de ur-

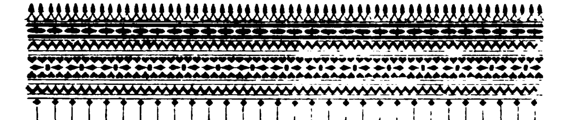
banidad, que caracteriza á nuestra juventud actual.

Igual excitativa deberá hacer el Ayuntamiento á los directores de los establecimientos municipales, y no dudamos que los maestros de planteles privados secundarán este intento, tan saludable como necesario.

Este género de escándalos degradantes son el resultado preciso de la negligencia y descuído de los maestros en la enseñanza teórica y práctica de la educación social.




IMPORTANCIA
DE LA
EDUCACIÓN.



IMPORTANCIA DE LA EDUCACIÓN.

No sé si los afanes del progreso humano, en virtud de alguna ley desconocida de la evolución social como se llama ahora, están destinados á matar toda tradición provechosa; pero lo cierto es que muchas gentes, á las que pudiéramos llamar gentes nuevas hacen alarde de su desprecio á las verdades manifiestas, y lo que es más, á los axiomas de la experiencia, como si al mundo no le sucediera lo mismo que á Satanás, que sabe más por viejo que por diablo.

Han dado esas gentes nuevas en que las cosas han de ser como de ahora; sin cohesión ni enlace con las cosas de antaño, sinó enteramente nuevas y al gusto de la época, olvidándose de que, por muchos y variados que sean los aspectos de las sociedades modernas, ellas han de vivir siempre sujetas á ciertos principios incontrovertibles.

Estos principios son de tal naturaleza, que sin ellos, no puede haber entre los hombres ni paz, ni orden, ni felicidad. Son las bases del código por excelencia; del código social, el primero de todos y el mas indispensable para el orden y concierto de la sociedad; son principios que emanan de una ley superior á las leyes humanas, supuesto que rigen á todas las sociedades que pueblan la tierra.

El hombre en su contacto con los hombres necesita una manera de ser, y esta manera de ser es la prenda de su ingreso á la sociedad, la cual no podría existir sin el acuerdo recíproco de los asociados; y este acuerdo recíproco supone el cumplimiento

de los deberes y el ejercicio de los derechos individuales. La enseñanza de estos deberes y derechos es lo que se llama educación. El hombre, pues, no ingresa á la sociedad sin conocer sus leyes, ó de otro modo, ingresa á condición de venir educado. Las leyes de la sociedad, lejos de emanar de un código arbitrario ó convencional, son nada menos que la doctrina de los mas altos principios morales: la fraternidad y la justicia.

Dado que el hombre ha sido creado para vivir en sociedad, se ve en la necesidad de sacrificar una parte de su voluntad ciega en obsequio de los demás, para tener derecho al mismo sacrificio de los otros en obsequio suyo; y aquí empieza el pacto social, compuesto de todas las transacciones recíprocas, que van aumentando la suma de deberes y derechos: desde aquéllos que dicta el simple instinto de la propia conservación, hasta los que constituyen las mas altas virtudes del ciudadano y las proezas del héroe.

El hombre, con ser eminentemente edu-

cable como lo es, ó se somete á la ley de la educación, para pertenecer á la comunión social, ó permanece en estado salvaje. En el primer caso, emprende paso á paso el camino de su mejoramiento y de su perfección, concurriendo al ideal del progreso humano: en el segundo, figura en la escala formada desde el salvaje de las tribus hasta el criminal de las sociedades, salvaje en el sentido moral aún á despecho de la instrucción y conocimientos que posea.

En tal disyuntiva, las naciones modernas se disputan á porfía sus esfuerzos y sacrificios por la educación, como base única de todo progreso material, moral é intelectual; y á tal grado están penetradas de la importancia indiscutible de la educación, que no queriendo perder momento, comienza con Froebel á educar al niño de dos años de edad en el Kinder-garten.

El hombre es esencialmente armónico y su estado moral definitivo es el resultado de agregaciones y superposiciones subsecuentes; por eso la educación no se impro-

visa, ni el hombre se moraliza ó se transforma en un solo día pasando del estado salvaje al de hombre culto.

La educación tiene que ser lenta, ya se trate del desarrollo físico ó del desarrollo moral é intelectual; y ésa es la razón por la cual el Estado no admite al ciudadano en su seno antes de los veintiun años.

Tratándose del desarrollo moral, que incumbe á la educación, no le basta al educando la intuición ni la teoría; necesita del ejemplo y de la práctica para formar el hábito del bien obrar, necesita del discernimiento y el juicio que ratifican, aprueban y afirman su conducta.

Cada práctica del niño en el sentido educativo, convenientemente impuesta y cuidadosamente sostenida, le hace dar un paso á su mejoramiento, engendrando en su alma la íntima y tranquila conciencia del bien obrar y le prepara para adquirir una y otra virtud, que atesora con la mas noble de las ambiciones. De enseñanza en enseñanza es como van haciéndose sólidos, duraderos é

invulnerables los principios morales del honor, de la virtud, del decoro, del amor al prójimo y del amor á la patria.

Por las superposiciones lentas de las gotas de agua se forman las estaláctitas que son después indestructibles rocas, y por las superposiciones y adiciones de pequeñas enseñanzas, hábilmente encaminadas, se llega á formar el corazón de los héroes y de los mártires.

Esto es lo que filosóficamente se llama educación, y ésta su importancia en el porvenir de la sociedad humana, ya se trate de ateos ó de católicos, de ultramontanos ó de librepensadores.

Este espíritu filosófico y trascendental es el que debe dictar todo plan de enseñanza. Hacer lo contrario, es invertir el orden sabio y armónico de la sociedad para constituírla sobre bases deleznables que la harán desaparecer del concurso universal.

Conviene pues no caer en la confusión lamentable de las palabras educación, urbanidad, instrucción, civilidad y etiqueta.

Cada una de ellas tiene una significación bien distinta, y de aquí nacen los diferentes tipos sociales y la falta de cohesión moral. El hombre cuya educación ha sido descuidada durante sus primeros veinte años, podrá llegar á ser hasta un sabio; más todavía, un hombre de civilidad y buenas maneras, observador de la etiqueta y cubridor de todas las apariencias; pero está expuesto en el fondo y en realidad á ser un pillo, un ladrón, un juez venal, un mal esposo, un mal amigo, un tirano, un criminal y un traidor á su patria.

Pero si durante esos primeros veinte años, ha tenido la fortuna de que un buen padre, una madre inteligente y un profesor digno de su alto magisterio, hayan ido creando, inspirando, cultivando y robusteciendo en su alma los saludables principios de una educación perfecta, el sér por excelencia armónico y educable, entrará en la mayor edad á luchar con las pasiones y los vicios, armado de convicciones arraigadas y profundas y fuerte con los sentimientos

del honor, de la virtud y del patriotismo.

La educación perfecta es la que engendra las virtudes privadas y las virtudes públicas, que son el brillo y la esperanza de la sociedad y de la patria.

El buen hijo, es buen hermano, será buen esposo y buen padre de familia, y por último buen ciudadano.

No de otra manera se forman el valor civil, el respeto á la propiedad y al derecho agenos: en suma, la verdadera honradez y el verdadero patriotismo.

Cuando una sociedad, sacudida por las vicisitudes, menosprecia tan saludables é incontrovertibles principios, y á la estentórea voz de las gentes nuevas, corre tras el brillo deslumbrador de la instrucción y de la ciencia, sin orden ni concierto, llega á un punto del camino en que, asombrada de su propia obra, nota la desaparición de todas las virtudes cívicas y privadas, y lamenta en vano la pérdida del sufragio popular, del valor civil de los jurados, de la integridad de la justicia, de la independencia de los pode-

res públicos y del verdadero amor á la patria.

He aquí por qué defiendo el principio de la educación perfecta; por qué abogo para que se le consagre una atención preferente, por qué llamo la atención de las autoridades sobre materia tan importante y trascendental. Porque la creo el único camino de la perfectibilidad social, y la garantía mas segura de la autonomía de México.




LA INFORMALIDAD


LA INFORMALIDAD

LA INFORMALIDAD.

HAY palabras que, como la moneda corriente, se gastan con el uso y siguen corriendo en el mercado de las ideas sin su valor intrínseco; pero si á una cosa que han inventado los hombres, bautizándola con el nombre de *puntillo*, no le sucediera lo mismo que á las monedas, nadie podría tolerar con paciencia que le espetaran al rostro estas palabras..... ¡Qué informal es usted!

Después de todo, uno de los inconvenientes mas serios con que nos encontramos en

esta vida tan llena de suyo de vicisitudes y contratiempos, es el formidable poder de los adjetivos; porque, cuántas cosas malas se dejan de hacer en este mundo sólo por el temor del adjetivo!

Y ello es que, por otra parte, nos aguijonea el deseo inmoderado de hacer cosas malas; pero el adjetivo se levanta amenazador y tremendo para herirnos con un solo golpe; golpe frío, que es una especie de sentencia inapelable, dada por una autoridad invisible, articulada por una boca muda que habla dentro de nosotros mismos con tal misterio, que por quedo que pronuncie el adjetivo nos parece que lo van á repetir muchos millones de hombres.

Confesemos que el adjetivo nos apoca, nos mete en cintura, nos hace andar derechos y hasta pone la sonrisa en nuestros labios; sonrisa que está muy lejos, muchas veces, de nuestra manera de pensar, como la sonrisa de las bailarinas, más todavía, como la de las bailarinas con callos y ojos de perdiz.

Conciben ustedes cómo una de esas mujeres cartilaginosas, de tendones de ácero á fuerza de gimnástica, se les puede reír á ustedes en una pirueta con dolor de callo?

Ese es el milagro del adjetivo *fría* ó del adjetivo *adusta,* dos adjetivos agenos de Terpsícore.

Pongan ustedes un puñado de brillantes capaces de sacar más de cuatro vientres de mal año, al alcance de muchas manos, capaces de coger, de agarrar y de esconder, y comprenderán el poder terrible del adjetivo ladrón, cuando los diamantes permanezcan en la mesa y las manos vacías.

Las gentes que se portan bien en público, obran así no sólo por temor al *qué dirán,* que es uno de los temores mas buenos, sinó por temor al adjetivo *grosero,* y á otros muchos por el estilo.

No acabarse un vol-au-vent por temor del adjetivo glotón, levantarse al alba por temor del adjetivo perezoso y cumplir uno su palabra por temor del adjetivo informal son otras tantas pruebas del poder del

adjetivo; pero como todo esto es muy tirante y contrario á esa propensión egoísta de todo hijo de vecino de vivir á la pata la llana, las gentes han encontrado un expediente sencillísimo para librarse de esta tiranía; y este expediente consiste en gastar el adjetivo, torturarlo, estropearlo hasta que pierda casi su verdadera significación. El procedimiento parecería á primera vista impracticable; pero no lo es tanto, si se atiende á que han pasado ya á la categoría de palabras familiares y hasta inofensivas de puro gastadas, muchos adjetivos de los que antes nos parecían terribles.

Uno de ellos es el adjetivo «informal.»

Para comprender su alcance, el que tenía antes, su poder perdido y el valor que tenía en otro tiempo, veamos lo que significa la palabra «formal.»

Formal quiere decir: serio, grave, circunspecto, sesudo, concienzudo, amigo de la verdad, enemigo de las chanzas impertinentes, de las cosas frívolas, insustanciales y ligeras, incapaz de faltar á su palabra y seve-

ro é inflexible en el cumplimiento de su obligación y deberes.

De lo cual se deduce que la formalidad es la primera y la mas importante de las virtudes sociales, porque casi las abarca todas.

Figurémonos sinó un pueblo de personas formales, un gobierno de personas formales, un congreso, un gremio de artesanos, compuesto de personas formales, y tendríamos el bello ideal social, el mejor de los pueblos y el mejor de los gobiernos posibles.

Convenimos en que todo esto es muy difícil, y en que ser formal es una cuestión que tiene sus puntas, y sus inconvenientes y sus dificultades; porque contra la formalidad están en lucha constante el «dolce far niente,» la debilidad de carácter, las propensiones muelles, la benignidad del clima, la falta de educación y otra porción de cosas, hasta el pulque; y todo esto ha cooperado á que implícita y bondadosamente le rebajemos algo de su tirantez á la palabra informalidad, alegando que la informalidad

es una de las mas dulces prerrogativas de los muchachos.

Vayan ustedes en esta tierra de las precocidades á pasar sin esfuerzo de la categoría de niños á la de hombres formales; aquí donde los niños escriben novelas á los nueve años y son notabilidades filarmónicas á los quince; aquí, en la tierra de los «mariditos» y de los matrimonios liliputienses! ¡Qué formalidad vamos á tener, ni qué seriedad en edad tan tierna, ni cómo hemos de tomar por lo serio lo que lo es en sí, cuando tenemos, sin poderlo remediar, la risa en los labios y la chanza en la punta de la lengua! Pruébalo sinó el que ni el crimen ni la muerte, que son dos cosas de suyo completamente serias, nos imponen respeto. Regístrense las gacetillas de muchos periódicos, y se verá cómo el gacetillero, que ha dado en que su oficio es hacer reír al público, les cuenta á ustedes con una gracia que causa dolor de estómago á las personas formales, que don Fulano de tal, (respetable padre de familia, que murió

mártir de horrible enfermedad) se largó con la música á otra parte; y cómo un mónstruo que asesinó á su mujer y á su hijo, hizo la travesurilla de introducir una hojita de acero en el corazonzote de la mujer y en el coranzoncito del niño, por quítame allá esas pajas, y tal gacetillero gana sueldo y come pan á manteles por el innoble oficio de torcer el sentido moral, convirtiendo en guasa y dicharacho el respeto á los deudos y á la muerte, el horror al crimen, la indignación saludable contra la inmoralidad, la reprobación provechosa contra el escándalo, el anatema contra los vicios.

Nada mas explicable que nuestra informalidad idiosincrática, tomando por modelo á nuestra respetable cámara popular, citada á sesión, «in illo tempore,» á las diez de la mañana; hora que la informalidad de los padres de la patria cambió en las once, en las doce, en la una, y así sucesivamente hasta llegar al crepúsculo vespertino, hora ya de suyo indiferible para las sesiones; y cuidado si se trata en este asunto de perso-

nas formales, de los padres de la patria nada menos.

Vayan ustedes á exigir que el zapatero les lleve los botines el día convenido; ó que la función de teatro comience á la hora anunciada, ó que vengan sus convidados de ustedes á la hora en que se comprometieron á estar presentes, ¡imposible! tanto más, cuanto esto de la informalidad es defecto tan general, que cuando alguno piensa en ser formal le dicen á porfía.

—Pero qué va V. hacer hombre de Dios!

—¿Cómo qué? es la hora de la cita.

—Sí, pero ya sabe usted nuestras cosas: la cita es á las diez, pero si llegamos á las once será buena hora.

Esta razón convence á todo el mundo, y la informalidad se erige en virtud.

Sucede que un señor convida á su amigo íntimo y muy querido á comer bien y á tomar un vino especial que le había estado reservando.

—A las dos de la tarde.

—A las dos de la tarde, en punto.

—Convenido.

Á las seis se encuentran en la Alameda. El anfitrión tiene cara de vinagre. El invitado tiene cara de lechuga.

Está fresco.

—¿Qué sucedió?

—¿De qué?

—¡Cómo de qué! He esperado á usted hasta las tres y media.

—¿Para qué?

—Cómo para qué! para comer. No recuerda usted que le invité ayer y me ofreció estar en casa á las dos de la tarde?

—Hombre, tiene usted razón. Se me olvidó.

Entre ingleses esto sería motivo de un duelo; pero en el paseo de la Reforma, los dos amigos se toman del brazo para entonar un dúo bufo á la informalidad. ¡Cosas de los ingleses! quienes para nosotros las tienen tan raras, como ésta de cumplir su palabra.

Nosotros, que estamos en nuestro derecho para ser como nos dé la gana, hemos

convenido explícitamente, desde tiempo inmemorial, en que los ingleses son formales, y nosotros no; con lo cual estamos muy conformes al grado de que, al citar á un amigo, añadimos:

—Cita inglesa.

—Pero, ¿por qué inglesa? pregunto yo. ¿Son por ventura los ingleses los únicos hombres formales en el mundo?

Esta transación, por otra parte, viene á precisar estas dos aseveraciones. Cita inglesa: la que se cumple. Cita mexicana: la que no se cumple. Lo cual no honra demasiado nuestra nacionalidad.

La informalidad, introduciéndose en nuestro cuerpo social como la bilis en la sangre del enfermo de la ictericia, sale de los patios de las escuelas á la hora del asueto, para contaminar al artesano, al comerciante, al juez, al diputado, y al funcionario; va, viene, baja y sube en todos sentidos, é interviene en los contratos, en las citas, en los matrimonios, en las deudas y en el cumplimiento de todas las obligaciones. La juris-

prudencia se ve obligada á multiplicar sus defensas, sus precauciones, sus cauciones, sus garantías y sus hipotecas, convirtiendo los contratos en carteles de humillación; obligando á los deudores á firmar cláusulas vejatorias y condiciones que por sí solas lastiman los sentimientos delicados. La informalidad arma la usura de ominosas condiciones, único refugio de las informalidades de los deudores, y así presentarán á los ojos de las generaciones que nos juzguen, el padrón que contiene las medidas de la rapacidad y la ambición contra la mala fé y la moralidad.

Es ésta la marcha regular de una sociedad que progresa? No; esta marcha es la del descenso y la decadencia; porque la base de todo trato social, de todo contrato, de toda transacción, que es la formalidad, está minada; porque el sentido moral de la palabra está gastado; porque el adjetivo informal, que constituye literalmente un reproche y un calificativo desfavorable, ha llegado á ser entre nosotros parvedad de

materia, defectillo de que nos acusamos todos, conviniendo en llamarle bondadosamente «una de nuestras cosas.»

Ya veo encogerse de hombros á muchos de esos á quienes les caen en gracia «esas cosas nuestras,» y exclamar:

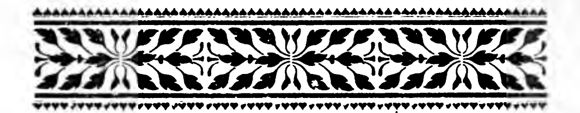
—¿Y qué tenemos con eso? Ése es nuestro carácter, ése es nuestro modo de ser. Eso está en la masa de nuestra sangre; si no somos formales es porque no lo podemos ser. Es inútil por lo tanto hablar mal de la informalidad.

Claro es, que yo no voy á remediar el mal con un artículo, ni mucho menos á esperar el resultado de mis reflexiones al día siguiente de hechas; pero me creo con el derecho, en bien de mis semejantes, de protestar contra la informalidad inveterada, que ha llegado á dar color á nuestra nacionalidad; y como estoy persuadido, por otra parte, de que los deberes de nuestros altos funcionarios no deben circunscribirse en materia de instrucción pública al principio instructivo, sino preferentemente al principio

educativo, como elemento reformador de la sociedad, apunto sin vacilar lo que en concepto mío y de los demás, es un defecto trascendental, por si los encargados de la enseñanza quisieran, como el que planta un árbol cuyo frutos comerán sus nietos, ir sembrando los reglamentos interiores de las escuelas, los textos de enseñanza y los reglamentos municipales de policía y buen gobierno, de «máximas» prácticas y prevenciones, cuyo espíritu filosófico sea la reforma de la educación, con el objeto de ir formando ciudadanos mas y mas apegados al cumplimiento de su palabra, de sus obligaciones y sus deberes; tanto y tanto, que algún día, cuando en otros países atrasados se quiera dar una idea del cumplimiento exactísimo de una cita, no haya necesidad de decir «cita inglesa,» sino «cita mexicana.»




EL REGIDOR
Y LA GACETILLA



EL REGIDOR Y LA GACETILLA.

UNA de las reglas que es preciso saber y que va tomando el carácter de máxima en esta bendita capital, es la de que para ser regidor es necesario no leer periódicos. En efecto; meta usted un hijo de vecino dentro de las cuatro paredes del Cabildo, en virtud del voto popular de suyo tan derrengado y maltrecho desde hace mucho tiempo; hágale usted creer á ese hijo de vecino que va á servir para algo, que es una persona muy ilustrada, supuesto que se le distingue entre doscientos hombres idóneos; póngale usted

la ciudad por un lado y el exíguo presupuesto municipal por otro; colóquelo usted entre la espada y la pared y suplíquele por medio de las mil trompetas de la gacetilla, que nos haga favor de hacer este caldo tajadas, y quedará plenamente justificado el horror que el regidor les tiene á los periódicos.

No faltaba más sino que un pobre munícipe, condenado despóticamente por las circunstancias á quedar mal; arrastrado por la lógica inflexible de los hechos á la suerte del cohetero; destinado por la manera de ser de nuestra gran metrópoli al tormento forzoso de doce meses; no faltaba más decimos, que con ese gregorito en el cuerpo, y esa babel en la cabeza, se pusiera á leer gacetillas insulsas, donde de seguro no ha de encontrar más que impertinencias de los vecinos que protestan contra la inmundicia, contra las faltas de policía, contra el tifo, contra la peste, contra los caños azolvados, contra la basura, contra el peladaje asqueroso, contra las faltas al pudor, contra

la incuria, contra el desaseo, y, en una palabra, contra el Ayuntamiento..

Hacinen ustedes este montón de quisicosas y de dificultades delante de todos los regidores habidos y por haber, y verán cómo las cosas y los regidores se quedan de tal tamaño. En la imposibilidad de hacer lo que debieran, hacen lo que pueden, y no hay que pedir más.

Hace algunos años viene siendo nuestra institución municipal perfectamente impotente para salir avante de su cometido. Van y vienen corporaciones, vaciadas en el mismo molde, mientras la ciudad se arruína, la inmundicia se amontona, la insalubridad crece, las buenas prácticas se olvidan, las viejas disposiciones se relajan y caen en desuso, y la corporación, mas impotente cada día, y mas impopular, gira en un pequeño círculo de párrafos, con un algodón en cada oreja y el «qué se me dá á mí» por lema.

Los regidores nuevos se apuran, se ponen colorados, toman la cosa á pechos, y sien-

ten que el mundo se les viene encima; pero los regidores viejos los aplacan, los consuelan y los hacen á las armas.

—No se apure usted, compañero; esos son los gajes del oficio. Es usted bisoño, y por eso se apoca su ánimo y se pone en un brete.

—Vea usted, compañero, lo que dice la «Patria,» el «Siglo,» el «Monitor,» la «Prensa,» la «Época,» la.....

—Lo mejor que puede usted hacer, compañero, es no leer periódicos.

—Pero compañero, la opinión pública....

—Palabras.

—La voz autorizada de la prensa.....

—Palabras, nada más que palabras. Nosotros no podemos hacer más que lo que hacemos. Pesan veintitantos ramos sobre cuatro gatos; porque esa es la verdad, compañero, nosotros somos cuatro gatos. Hagamos lo que se pueda, y con eso habremos cumplido.

El regidor nuevo se siente consolado con esa profunda filosofía del regidor viejo, y vuelve á sus lábios la sonrisa.

—Vaya usted á ver, dice el regidor viejo. Tenemos instrucción pública y cárceles, alumbrado y aguas, atargeas y empedrados, mercados y rastros, policía y teatros, festividades y paseos, ríos y acequias, puentes y calzadas y.... la mar. Para que la ciudad estuviera bien servida, como pretenden esos diablos de periodistas, se necesitaría un ayuntamiento para cada ramo, con fondos proporcionados. Pero hé aquí que las gentes se empeñan en que hagamos el milagro de los cinco panes, y ésto es imposible. Nada, compañero, yo llevo ya algunos años en este oficio, y como usted vé ya no se me derrama la bílis, porque me he acostumbrado á ver las cosas como son; y vendrán años, y con los años corporaciones y corporaciones y las cosas se quedarán de tal tamaño; más todavía, irán de mal en peor; porque hoy por hoy, para empedrar y embanquetar la ciudad se necesitan veinte millones de pesos; para la construcción de mercados y rastros cuatro millones; para la instrucción pública dos millones más,

para una penitenciaría dos millones, para arbolados, jardines y paseos, cinco millones, y no tenemos, como usted lo sabe muy bien, más que un millón para todo eso.

Con razones tan poderosas, el regidor nuevo se satura de filosofía, y en pocos días está perfectamente impermeable á las gacetillas, queda constituído en un regidor á prueba de párrafos, y listo para el servicio municipal.

Echense ustedes ahora encima la tarea gacetillera, que es como quien apedrea á un paquidermo con arvejones. Nada, el regidor ya no oye por ese lado, y hace bien, porque de otra manera sería cosa de perder la paciencia.

Así las cosas, la corporación, encastillada en su vieja filosofía, y la prensa ejerciendo su oficio á palo seco y como si le hicieran caso, presentan el espectáculo de un matrimonio desavenido, pero que tiene que vivir unido, porque así lo quieren las circunstancias.

Y el mal no está para mí en que no ha-

gan el milagro de los cinco panes, repetido sólo en virtud de la ley de adjudicaciones, que como es bien sabido, pudo repartir cinco mil casas entre cinco adjudicatarios y sobró, sinó en que ese sistema de sordera se hace extensivo hasta aquellos asuntos para los que no se necesitan millones, ni mucho menos, sinó pura y simplemente lengua y voluntad.

Nada mas facil, por ejemplo, que cambiar el aspecto de nuestro asqueroso mercado. Con sólo emplear la mitad de lo que produce en la compra de losas, madera y hierro laminado, pueden irse construyendo paulatinamente mostradores con tejado, divididos en lotes ó puestos numerados, para alquilar á fruteros y verduleros, y dejando entre uno y otro mostrador el tránsito enlosado, que se mantendrá limpio bajo la responsabilidad de cada ocupante.

De esta manera, desaparecerán, primero: los petates de aspecto repugnante y primitivo y fácil combustible en un incendio. Segundo: lo intransitable y sucio de los pa-

sillos ó tránsitos para el público. Tercero: el uso primitivo y ordinario de vender comestibles en el suelo al alcance de la basura, del polvo, de los piés, del lodo, de los perros y de las emanaciones de los vegetales descompuestos con las lluvias, y demás detritus nocivos.

Transformada la plaza de esta manera, dividida toda en lotes ó puestos numerados, será facil, obvia, sencilla y clara la recaudación de sus productos, sin lugar al peculado; recibirá el pueblo una lección de buena policía y respeto al público, obligada á vender sus frutas y verduras en mostradores altos, mas fáciles de cuidarse, y mas adecuados para la compra y venta, y aún para la elección y la vista.

Así tendrán acceso al mercado las señoras y los caballeros, como sucede en los mercados de otros países, y este ingreso de marchantes que no van precisamente á comprar barato sinó á tener el gusto de comprar personalmente lo mas escogido, proporcionará á los traficantes no despreciables

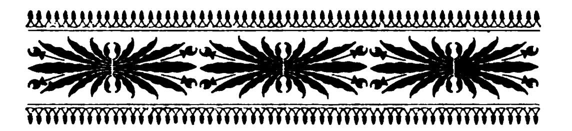
utilidades porque bien pronto, comprendiendo sus intereses, empezarán á separar sus productos en dos clases: una, escogido supremo y caro, y otra de productos baratos y ordinarios.

Aseado el mercado del Volador con buenos pavimentos y con mostradores y tejados, se convertirá en un paseo que bien pronto estaría de moda entre la clase acomodada, para la cual es ahora un sacrificio y un desdoro meterse en ese repugnante hacinamiento de comestibles é inmundicias.





EL PRIMER ARRANQUE



EL PRIMER ARRANQUE.

No sé si los prodigiosos adelantos de las ciencias biológicas lleguen á encontrar la razón matemática entre los grados de latitud terrestre y los átomos de fósforo del cerebro humano; pero en virtud de una observación, que no tiene nada de científica se puede asegurar que los pueblos mas cercanos al Ecuador ganan en imaginación y en entusiasmo lo que ceden en juicio y madurez á los pueblos del Norte. Y ya que tan lejos nos remonta el deseo de encontrar la causa de efectos pequeños, no sería aventurado suponer que

la inmensa altura en que nos encontramos sobre el nivel del mar, influye, no sólo en nuestro organismo material, sinó en nuestro carácter.

Apenas si podemos aspirar á los dictados de perseverantes y de previsores, facultades propias de organizaciones frías y concentradas. En cambio nadie nos gana en el primer arranque, ni en entusiasmo y calor nos aventaja raza alguna del Norte, ni á imaginación los mas inveterados soñadores. En tal predicamento tenemos un enemigo invencible, contra el que nada pueden ni nuestros versos ni nuestras virtudes. Este enemigo es el tiempo; no el periódico, sinó el de la guadaña y la ampolleta. Ese viejo, además de los perjuicios ordinarios que nos causa en razón de lo deleznable de nuestro sér, pone de manifiesto lo poco resistente de nuestros hombros para toda tarea larga; siendo así que las tareas largas, y en general todas las obras encomendadas á la perseverancia, son, por lo común las mas trascendentales, como que realizan las gran-

des transformaciones y los hechos históricos.

Pero es una calidad inherente de nuestro carácter sentir el cansancio moral después de los primeros pasos, como sentimos el cansancio de nuestros órganos respiratorios, después de subir algunos escalones de las escaleras de Palacio y de otras partes. No se puede negar, sin embargo, que hemos hecho muchas cosas buenas favorecidos por ese primer arranque. Él ha engendrado muchas sociedades científicas y literarias, y muchas instituciones benéficas, de las cuales el viejo tiempo, tan circunspecto y grave como es, se ha reído por la seguridad que tenía el muy tuno, de que unos cuantos años bastarían para dar cuenta de esas instituciones.

Otro de los ejemplos mas elocuentes del primer arranque es el difunto Bazar de Caridad, que amenazó á los pobres con sus jamaicas, sus letras doradas y sus esplendideces, para morir de inanición y de hambre.

En el primer arranque brotó un Congreso higiénico, que tras de admirables axio-

mas, y tras de luminosísimos discursos científicos, pronunció la última palabra sobre higiene, y se quedó dormido sobre su gloria.

En el primer arranque se mandan visitar los expendios de comestibles y licores, se nombran interventores del timbre, inspectores de sanidad, inspectores de policía, veladores, vigilantes, barrenderos y demás gente útil, y toda fuerte, inabordable é impervertible en su primer arranque.

En el primer arranque se hacen todas las cosas buenas y que no debían acabarse ni perecer. Y ¿qué más? en el primer arranque se hacen las tres cuartas partes de los matrimonios, de esos que anuncian los periódicos juntamente con los casos de tifo y enteritis.

En el primer arranque llegó la sociedad mexicana, lo mas granado, se entiende, á impulsos del amor propio y del mas saludable acceso de civilidad, á proyectar un Casino mexicano en esta capital, para irles en zaga á españoles, franceses, alemanes, y

pagarles algún día en buena ley, la generosa hospitalidad que por largos años nos han dado á nosotros los vecinos de esta capital, que vivimos sin salones.

Pero pasado el primer arranque, que produjo una suscripción de siete mil pesos, el Casino se quedó platicado y el dinero fué devuelto á los accionistas.

Decididamente la virtud de la perseverancia anda por las nubes.

Otra de las cosas buenas, hechas en el primer arranque, ha sido la introducción del alumbrado de gas; tan brillante y tan deslumbrador hace diez años, y tan mortecino, maltrecho y amarillo en estos tiempos, en los que á pesar de las muchas luces que arden, el salón del teatro nacional está casi oscuro y á media luz las calles. En todas partes el mejor alumbrado es el de gas; en el de México el petroleo y el sebo lo superan; y cuando los periódicos, en un primer arranque, menudean párrafos contra el gas y contra la empresa, el cabildo ha solido tener un acceso de sensibilidad auditiva, y

ha nombrado en otro primer arranque una comisión de peritos. Y ¿qué piensan ustedes lo que han dicho los peritos? Que el gas está muy bueno, con la presión suficiente y produciendo la luz necesaria. Cuando los peritos hablaron, como había pasado ya el primer arranque, todo el mundo se conformó con el dictamen y la luz en la ciudad siguió siendo tan mala como siempre.

Parece increíble; pero así ha pasado. La prensa se quejó y tuvo razón. El Ayuntamiento nombró peritos y cumplió con su deber: los peritos dieron su dictámen y cumplieron con su conciencia; también tuvieron razón. El gas resultó ser de buena calidad, cierto; con la presión suficiente, cierto; y dando la luz suficiente, cierto. Y no obstante tanta luz, tanta ciencia y tanta verdad, seguimos á oscuras, sin esperanza de remedio.

Esta charada tiene una solución muy sencilla: la comisión nombrada para examinar el gas se dirigió, como era muy natural, al gasómetro, lo mas cerca posible, no sólo

del gas, sinó de la empresa, la cual, y para el uso de su propia oficina, disfruta, al pié del depósito, el máximun de presión, y por consiguiente de luz, la cual examinada por los peritos y sin examinar, resultó bien.

Pero es claro que si la comisión en lugar de examinar los quemadores al pié del Gasómetro en San Lázaro, y de día, hubiera examinado los de la Alameda y de noche, hubiera cambiado su dictamen, asegurando lo que es cierto y sabe todo el mundo y es que para el servicio del alumbrado de la ciudad es insuficiente un solo depósito en San Lázaro; y tras este dictámen el Ayuntamiento se hubiera visto en la necesidad de exigir á la empresa la construcción de nuevos gasómetros al poniente de la ciudad, todo lo cual ya no hubiera pertenecido al primer arranque, que, como el gas, se había ido extinguiendo lentamente hasta volver á quedar todos á oscuras y resignados.

México sería muy feliz y las cosas caminarían á pedir de boca, si encontrara la ma-

nera no sólo de utilizar sinó de repetir los primeros arranques, en cuya repetición es precisamente en lo que consiste la firmeza y la perseverancia.

Las sociedades mutualistas subsisten porque en la renovación de funcionarios aprovechan el primer arranque de los nuevos; como el himeneo subsiste porque aprovecha el primer arranque de los novios.




EL LUJO



EL LUJO.

Cuando la industria hubo satisfecho todas las necesidades de la sociedad organizada sintió el impulso que la iba á llevar por el camino de su progreso hasta llegar á las maravillas del arte. Ya había vestido al hombre y colmado su hogar de todas las comodidades de la vida, ya había provisto á todo lo útil y á todo lo necesario, y seguía en su camino infatigable, y laboriosa, en busca de un ideal, asombrando al mundo con sus productos y sus creaciones.

El telar es uno de los mas grandes prodigios de la industria y que llenará de admiración todavía á muchas generaciones, sea cual fuere el grado de civilización que alcancen en el porvenir; el telar es una de las mas grandes conquistas del ingenio humano, que no será suficientemente elogiada. Con nadie es mas ingrato el mundo que con los inventores y perfeccionadores de esas máquinas ingeniosísimas, que producen los tejidos de lujo. Esas telas deslumbran por su riqueza, seducen por su vista, y la imaginación del que las contempla, absorta en el artefacto, casi nunca se ocupa de su autor, ni mucho menos de ese verdadero milagro de la mecánica y de la matemática, que se llama telar, que es la hada encantada de la industria moderna. No hay más que contemplarla por un momento manejando miles de hilos finísimos que suben, bajan y voltean, y se esconden y se enredan, cosiendo, bordando, tejiendo, dibujando, calando, modelando, realzando y matizando con una pasmosa exactitud matemática, con una des-

treza inconcebible, con una limpieza sin ejemplo y con una precisión que realiza la idea de lo definitivamente perfecto.

Pero nadie piensa en ese prodigio, incomprensible para la mayoría de las gentes, y cuyo mecanismo complicadísimo cansa la imaginación y abruma la comprensión del que pretende explicárselo. Yo he elevado el himno mas ferviente de mi alma al Hacedor de la criatura inteligente, cuando delante de una de esas máquinas, he palpado cómo el hombre ha trasmitido su vida, su movimiento, su poder y su inteligencia á la materia, convirtiéndola en una especie de sér organizado que piensa, que obedece y que trabaja.

Cuando en medio del ruído peculiar que producen esos roces, de giros, de fuerzas y de movimientos, se contempla aquel fantasma de hebras de todos los colores, elegir las que necesita, retirar las que estorban, tramar las que enlazan, aflojar las que cosen, matizar las que cuadran, escoger las que no han de verse, y tejer, unir, calar, realzar y

dibujar hojas y flores con contornos y escorzos, y sombras, toques, luces, relieve y brillo; no parece sinó que una inteligencia, superior á la humana, está encerrada en aquel prodigio de la industria.

El telar, aún en su estado rudimentario, cambió el aspecto de los pueblos de Oriente; despojó á los reyes pastores de la piel de tigre para entregarles la tela color de púrpura, y al telar debieron las fastuosas córtes asiáticas gran parte de su esplendor y magnificencia. El trabajo manual de miles de esclavos producía las vestiduras de los reyes. La China, una de las primeras naciones industriales del mundo, con sus millones de gusanos y sus millones de súbditos, hacían entre las crisálidas y entre los bambús el silencioso trabajo de Penélope, en medio de la forzosa concentración del espíritu en la esclavitud irredimible.

Nacía entre esperanzas é intuiciones esa divinidad dominadora, el dios del lujo, que había de prestigiar la teocracia de los primeros reyes, dorar los templos, arraigar la

idolatría y revestir con los mas deslumbrantes atavíos al hombre que se hacía dios sobre la tierra; dividía con Brahama las castas, dedicaba la púrpura á los reyes, y surgen todavía desde entonces legiones y legiones de esclavos, aherrojados al carro de esa deidad, cuyo reinado comienza en el Indostán cuatro siglos antes de Jesucristo y que, extendiendo su dominación entre todas las razas orientales, resiste á todos los cataclismos y á todas las vicisitudes de la historia, hace tributarios suyos, como lo acostumbraban todos los pueblos conquistadores, á los vencidos; avasalla á las artes apenas nacen en Grecia, roba sus secretos á la ciencia, que, aunque libre, presta dócil su contingente á esa divinidad pagana, que se apodera después del culto católico para que el lujo reine en las pagodas y en las catedrales, en la religión y en las costumbres.

Númen de mil industrias riquísimas, dá creces al comercio del mundo, para levantar y derribar fortunas; dá nuevo aspecto á las sociedades que lo adoran como á un

dios y le tributan culto y homenaje, y caudales de vida se derraman para que exista ese irresistible ideal de la existencia humana.

Pero tras de los potentados que forman su cohorte, tras de las naciones ricas que lo exhiben en sus monumentos, en sus paseos, y en sus edificios, viene una falange de personas pobres y de naciones pobres, que recogen los recortes de oropel para ataviarse, queriendo que el lujo que nace en el Indostán y reina en las fastuosas ciudades europeas, venga á visitar la «ciudad de los palacios» y á pasearse con las beldades domingueras en el Zócalo.

El Zócalo, ese sambenito municipal, que tan exacta idea dá de nuestra pobreza pretenciosa, tiene su ayuntamiento que lo cría y lo amamanta, su plebe, feliz de sentarse en bancas de hierro después de haberlas desprovisto, robándoselas, de todas las perillas de plomo que las adornaban, después de haber arrancado los adornos y argollas de las farolas; tiene sus carcamaneros ó

vendedores de barquillos, enviados allí por la inmoralidad pública á engendrar la pasión del juego de azar en el corazón de los niños; tiene sus dulceros sucios, su música oficial, y por último sus beldades zocaleras, últimas sacerdotisas de la deidad reinante, envueltas en raso maravilloso tramado de algodón.

La pasión del lujo es un mónstruo insidioso y artero que roe el corazón de las sociedades para alimentar los costosos talleres de la industria con el propio dinero de sus víctimas. Pocos, poquísimos ricos lo sostienen victoriosamente, sin menoscabo moral y sin transacciones con la virtud.

En las fortunas escasas y mediocres, causa los desplomes, las ruínas, la vergüenza y el crimen; y en los pobres, además de la parodia y la vanidad sainetesca del grajo de la fábula, causa casi siempre las caídas mas escandalosas de la miseria y la abyección.

El lujo aparece en la mejor de sus fases, cuando se ostenta por una nación civilizada

en sus hospitales, en sus establecimientos de beneficencia pública, de instrucción y de recreo, cuando después del orden de la administración y la munificencia en los gastos empleados en llenar el objeto, rebosa el sobrante en la construcción de edificios monumentales, como homenaje á la civilización, á la filantropía, á las artes y á las ciencias.

Un gremio numerosísimo de desheredados corre en pos de la deidad, sin maldita la aprehensión del ridículo; es un gremio feliz que se contenta con engañarse á sí mismo, usando piedras falsas y doublé, y géneros tramados y todas las cosas que llaman «de imitación;» y acicalados con las plumas del pavo, se pavonean, por esas calles de Dios y por ese Zócalo, exhibiendo su munificencia zarzuelesca.

Hay también muchos cronistas, optimistas de índole y candorosos de carácter, cronistas felices también porque les gusta todo; de esos cuyo oficio es aplaudir, y para quienes todas las señoritas que se casan son, además de virtuosas, hermosísimas; cronis-

tas boquiabiertos y miopes para quienes todas las telas son ricas, todos los encajes finos, todas las piedras brillantes, todas las feas encantadoras, todas las reuniones elegantes, y todo lo que ven irreprochable.

Las horcas caudinas de la crónica obligatoria los tiene lelos, y palmotean automáticamente siempre que se trate de lujo.

No ha faltado cronista que con la mejor intención del mundo, y puede ser que hasta sintiendo algún arranque misterioso de amor patrio, elogió no hace mucho la riqueza del traje con que la señora del ministro mexicano en Inglaterra se presentó en el besamano de la Corte.

El mismo señor ministro al leer en Londres esas noticias me escribe lo siguiente:

Querido amigo:

....

Lo que ha visto usted publicado en México sobre la elegancia y lujo de Laura en la corte, es una de tantas exageraciones de periódicos de sociedad y modas, que no sólo á Laura, sinó á otras muchas señoras elo-

giaban descompasadamente por lo que hace á sus vestidos. Agradeceré á usted que en alguno de sus artículos, y aunque sea de paso, ó como mejor le parezca, diga que si mi señora, al ser presentada en el «drawing room» ó besamano, estaba vestida con algún gusto, no tenía puesto nada de gran valor, como otras señoras de esta corte; porque yo no soy rico para poder costearlo, ni vanidoso para arruinarme por llevar las apariencias mas allá de lo que exige mi decoro como representante de México. Tenía Laura un vestido bordado de perlas como se ha dicho, pero perlas de imitación ó falsas, pues era de un género con ese adorno, y bastante conocido por ser ahora de moda, hallándose al alcance de todas las fortunas.

Digo esto porque no ha faltado persona tan candorosa en México que ha creído que mi esposa eclipsó con sus perlas y su fausto á las señoras de esta riquísima aristocracia, sorprendiéndose naturalmente de mi improvisada á incomprensible riqueza. Se-

mejante error depende no sólo de ignorancia en quien tal cosa ha creído, sino de la natural exageración en los «reporters» ingleses, así como de los comentarios con que periodistas mexicanos amigos míos, y con las mejores intenciones en mi favor han llamado la atención de nuestro público hacia el vestido de mi mujer en una ceremonia. Sin embargo, yo no quiero quedarme con la reputación, siquiera sea entre pocos, ni de rico misteriosamente improvisado, ni de loco y aturdido que pretende esa apariencia.

....

Su afectísimo amigo que no le olvida y le desea felicidades.

IGNACIO MARISCAL.»

Este rasgo que honra sobremanera á nuestro Ministro pone de manifiesto la inconveniencia de las exageraciones de los revisteros.


LA VISITA
DE DIGESTIÓN



LA VISITA DE DIGESTIÓN.

¿QUÉ es eso! preguntó doña Rosa con mucho interés, porque era dispéptica.

—La visita de digestión! contestó un pollo que tenía mucha confianza en la casa, vaya! todo el mundo sabe lo que es la visita de digestión.

—Menos yo, replicó doña Rosa, y cuidado si me importa saber todo lo que se refiere al estómago; porque lo que es el mío me tiene aburrida. Explícate Alberto y dime por fin qué es eso.

Alberto que hojeaba un álbum.—Que se

le explique á usted Esther, ella fué la que lo dijo.

—Yo no me doy tono de saberlo, como Alberto, y confieso sin embozo que no sé lo que es visita de digestión: contestó Esther, y precisamente porque no lo sé, me ha estado labrando la frase desde que se la oí á ese joven de la Legación que vino anoche.

—Pues estamos frescos! dijo doña Rosa, No hay cosa peor que estar oyendo una palabra sin entenderla.

Alberto que en la materia estaba tan á oscuras como los demás, vislumbró un rayo de luz; recordando efectivamente que el joven de la Legación había dicho que tenía que hacer la visita de digestión á N., creyó haberlo comprendido todo, y con la seguridad de que sabía más que todos.

—La visita de digestión, dijo con tono magistral, es la que está uno obligado á hacer á los pocos días después de haber sido invitado á comer.

—Cómo es eso de obligado! exclamó do-

ña Rosa. Quién ha impuesto esa obligación?

—La costumbre, contestó Alberto.

—Es la primera vez que oígo semejante cosa. Lo que soy yo, he sido convidada á comer muchísimas veces en mi vida, y no por eso me he creído obligada á hacer semejante visita. Esas son invenciones de Alberto.

—No son invenciones mías, Rosita, pregunte usted á personas competentes y experimentadas.

—Ya se ve que sí. Preguntaremos; pero sólo para probarle á usted que eso de la visita de digestión es un absurdo.

D.ª Rosa, era una de esas personas refractarias á toda innovación y á todo aprendizaje. Y como además era mayor de edad, y por su posición había tratado muchas gentes, y dado muchas comidas, en las que siempre había recibido los elogios y cumplimientos de sus comensales, estaba enteramente segura de que nada tenía que aprender en esta materia.

—Habráse visto, decía, venirme á mí

ahora con que se tiene que hacer visita después del convite! y luego, quién lo dice! un pollo sin experiencia y sin sociedad como Alberto.

Picada doña Rosa no quitó el dedo del renglón y se propuso hacer tema de sus inmediatas conversaciones lo de la visita de digestión.

En la noche le preguntó á un señor muy pulcro y muy bien educado, que era visita de la casa hacía algunos años.

—Le diré á usted, Rosita, le contestó aquel señor. Efectivamente entre nosotros no es una costumbre muy generalizada de hacer una visita después de haber concurrido á una comida ó á cualquier otro convite; pero en realidad de verdad, ésa es la regla prescrita por la buena educación.

—Quiere decir, interrumpió doña Rosa, que, los que no hacemos esa visita, somos mal educados.

—No, Rosita, no digo tanto, y he comenzado por decir que entre nosotros no está generalizada esa buena costumbre.

—Eso es. No está generalizada. Estamos conformes. Pero lo que yo pregunto ahora es esto. ¿Los que no hacemos la visita de digestión, cometemos una falta?

—Respecto á las leyes de urbanidad, no puede negarse que ésa es una omisión, pero respecto á nuestras costumbres es otra cosa, porque.... en fin, usted vé que nadie practica esa regla.

—Eso es lo que yo digo. De manera que no hay en ello falta ninguna.

—No hace mucho, me decía un personaje, continuó el señor pulcro, que había experimentado un desagrado profundo después del primer convite que hizo en México, al ver que las personas invitadas no habían vuelto á verle después de la comida; que hasta llegó á tomar como una muestra de estudiado desvío la omisión de la visita que esperaba, y se persuadió de que su tentativa para estrechar sus relaciones con sus convidados había salido fallida. Consultó el hecho con algún otro extranjero que había residido mas largo tiempo que él en

México, y lo tranquilizó, manifestándole que aquí no se llevaba muy extrictamente esa costumbre.

—Acabara usted! Ya lo comprendo ahora exclamó doña Rosa; se trata de una costumbre europea. Yo he tenido razón al sostener que eso no reza con nosotros; por que cada uno en su tierra tiene sus prácticas y sus costumbres. Cosas de los extranjeros habían de ser! Pues ya se lo digo á usted; yo por mi parte estoy cansada de convidar á comer en mi casa á multitud de personas, y hasta ahora ninguna me ha salido con la pata de: aquí estoy porque vengo á hacer la visita de digestión; no señor, los convido, vienen, comen y se van, y hay veces que se me pasa un año para volver á ver á alguna de las personas que comieron con nosotros. Sin ir muy lejos, mi compadre Gutiérrez: viene cada año el día de mi santo, pasa el día con nosotros, come, brinda por mí en la mesa, se va y adios, hasta el año que viene, el mismo día de Santa Rosa de Lima.

—Efectivamente, ésa es la costumbre de

muchas gentes, dijo el interlocutor de doña Rosa.

—Y ahora que me acuerdo, ¿conoce usted á las R...

—Sí, conozco á toda la familia.

—Ya ve usted qué *entonadas* son y qué pataratas. Como que han estado en Europa y *la echan de aristócratas* no es extraño que hayan creído que yo soy una persona mal educada.

—Pues qué ha pasado?

—Nada, que las convidé á comer un día.

—Ya me acuerdo.

—Vinieron todos y comieron con nosotros. A los pocos días ahí están las R; cosa que las agradecí mucho á las pobres y recibí su visita como una prueba de su estimación. Quedé de que las iría á ver muy pronto, y semanas y semanas y nada. Para no cansar á usted, llegó el día del santo de la señora y nos convidaron á comer, y fuímos; fuímos, sí señor, y comimos muy bien, porque ya sabe usted que allí es todo de lujo. De esto hará como seis meses, y ni las R...

han vuelto á hacernos una visita ni nosotros tampoco.

—Pero por qué, señora?

—Qué quiere usted! achaques que no faltan; ya que el catarro de Juan, que le dió tan fuerte; ya que Pancho viene tarde, ya que las noches están malas, ó que tenemos visitas, ó lo que usted quiera; el caso es que se nos ha ido pasando el tiempo, y meses van y meses vienen, y nosotros no podemos hacer por fin la visita á las R.... Se pudiera decir que hemos quebrado.

—Cuánto lo siento!

—Y ahora estoy cayendo en cuenta. Mire, usted, las R.... son personas de *etiqueta* muy pegadas á todas esas *monerías* y es seguro que la visita aquélla que nos hicieron, fué la consabida visita de digestión. ¿No le parece á usted?

—Por de contado. Supuesto que son tan cumplidas.

—Pues bien. En seguida nos convidan á comer, no obstante no haberles hecho ninguna visita. Vamos á la comida y desde ese

día no las hemos vuelto á ver para nada.

—Ah! pues está claro, dijo el señor. Las R, esperaban la visita de digestión; usted no la ha hecho y ellas dan por cortadas las relaciones con ese desaire.

—¡Cómo desaire!

—Digo. Eso es lo que las R... han de pensar, supuesto que ellas tienen esa costumbre

—Ya usted lo ve, por eso no me gusta á mí tratar con «personas de cumplimiento» que andan con todas esas «etiquetas» ridículas. A mí me gustan las amistades francas y sin cumplimientos.

—A mí también, dijo entrando en la sala una persona.

—Oh, Licenciadito, tanto bueno por acá! exclamó doña Rosa. Pase usted á sentarse.

—Buenas tardes.

—Buenas tardes, Licenciado.

—De qué se trataba?

—De la visita de digestión, dijo riéndose doña Rosa. Usted sabe lo que es eso?

—Sí, Rosita. Todo el mundo lo sabe.

—Todo el mundo? Eso sí que no; porque á mí me ha cogido de nuevo.

—Es posible?

—Si, Licenciado, y debe usted convenir con nosotros en que ésa es una costumbre nueva que pretenden introducir aquí los extranjeros.

—No soy de esa opinión. Eso no tiene nada de nuevo. Esa visita es de rigor entre personas bien educadas.

—Adios de mí! exclamó doña Rosa, pues con otro testigo me ahorcan. A lo mejor va resultando que yo soy una persona sin educación.

—Pero quién ha dicho eso, Rosita?

—Todos: el señor y usted que dicen que esa visita es de rigor. Yo sostengo que eso será en otras partes, pero no en México.

—Vea usted, Rosita. Lo que es de rigor, lo es en todas partes. Lo que sucede es que en México, ésa y otras muchas reglas de urbanidad, no se practican por toda clase de personas.

—Adios! Ahora está peor el cuento! y yo voy resultando ser de «la clase» de personas que no practican las reglas de urbani-

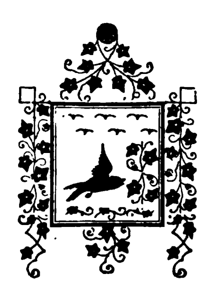
dad. Pues le diré á usted Licenciado, que empiezo por negar que ésa sea una regla de urbanidad.

—Eso sí me consta, Rosita. Yo tengo muy buena memoria, y recuerdo perfectamente que esa visita está prescrita en el código de urbanidad, y tiene por objeto manifestarse agradecido al obsequio ó agasajo recibido; porque convenga usted, Rosita, en que esto que le den á uno de comer bien, ó que lo llamen para disfrutar de una reunión, de un baile ó de un concierto, es cosa de agradecerse; y parece muy natural, no darse por bien servido, sinó corresponder á la manifestación ú obsequio amistoso con tomarse la molestia de hacerse presente á los pocos días. Esto me parece muy natural y no sólo, sino que sin la práctica de esta regla no es posible estrechar los lazos sociales, que es precisamente el objeto de las reuniones y las invitaciones á comer.

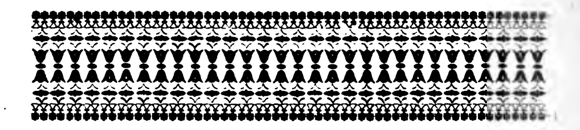
—Todas esas son argucias de licenciado, dijo doña Rosa; yo nunca he hecho esa visita, ni me la han hecho á mí, en lo cual han

hecho muy bien mis amistades, porque bastante favor me hacen en venir á mi casa, cuando las convido, y ya no me creo con derecho de exigirles que vengan dos veces.

Tanto el licenciado como el otro señor, comprendiendo que doña Rosa no había jamás de cambiar sus costumbres, mudaron de conversación.




LA ADQUISIVIDAD



LA ADQUISIVIDAD.

Licurgo dividió el territorio de la República de Esparta en treinta y nueve mil partes para repartirlas entre nueve mil familias espartanas y treinta mil *periecos*, y eso sin consultar préviamente si los espartanos tenían desarrollada la protuberancia del cráneo á la que la frenología atribuye la propensión á adquirir. Quería Licurgo que cada uno de los defensores de la patria defendiera lo suyo con el doble caracter de propiedad particular y de territorio nacional.

Sea ó no el resultado de una protuberancia huesosa la adquisividad, ha sido desde el orígen de los pueblos la primera prenda de la estabilidad social y uno de los primeros alicientes del amor á la patria.

La adquisividad ha engendrado el espíritu de conquista, y los pueblos de la antigüedad se han despedazado unos á otros durante siglos merced á su propensión á adquirir territorio. La adquisividad, arma de valor heróico á los navegantes portugueses, trae á Colón al Nuevo Mundo y en seguida á Cortés, cuya propensión á adquirir también, comprobada por la historia de la conquista, no le va en zaga á la de los denunciantes del hospital de Jesús.

¿Qué sería del mundo si los hombres no contáramos para nada con esa inapreciable tendencia de adquirir? la humanidad sería todavía cazadora, carnívora y salvaje.

Por la adquisividad hubo agricultura y arquitectura, artes, y sobre todo industrias. Todas ellas tienen casi el exclusivo objeto de fomentar la adquisividad.

A imitación de Licurgo, Manuelito Carrera nos ha repartido el territorio de la República de la Castañeda á treinta mil periecos, casi tan pobres, los más, como aquellos espartanos, propietarios de la noche á la mañana en virtud de una ley.

La adquisividad nuestra se despertó á la idea de colonizar la Castañeda; idea á su vez engendrada por la adquisividad de Manuel Carrera.

Esta preciosa facultad ha hecho los milagros de la opulencia, y por ella existen en el mundo los millonarios; sólo que si lo poseído guardara relación con el desarrollo del órgano huesoso de la frenología, la casta de los ricos, especialmente en los Estados Unidos, necesitaría usar sombreros de una forma especial y algunos, como Vanderbilt, serían una especie de unicornio mitológico.

La adquisividad tiene el defecto de engendrar ladrones; pero esto depende de las pasiones humanas, y del «modus faciendi;» porque la tendencia en sí no tiene nada de

malo: al contrario ella ha cambiado la faz del mundo.

En nuestros indios esa facultad es completamente nula, por cuanto á que los pobres se abstienen intencionalmente de adquirir, porque no se lo roben, y una masa considerable compuesta de indivíduos de raza mixta, vive con el día por la misma razón. Las condiciones domésticas de tiempo inmemorial inveteradas ponen al barretero de las minas y al jornalero en la necesidad de gastar toda la raya en sábado y domingo, porque no tienen dónde guardarla, y por otra parte en esa clase de adquisividad ha asumido todo el carácter de rapiña, ó sea el de adquirir lo necesario para el momento, aún sin el consentimiento de su dueño.

El bienestar social está en relación de la multiplicidad de hogares domésticos. Por eso el exceso de concurrencia en los cafés, en los garitos y en las loterías son un síntoma de malestar y decadencia. En todos los centros de civilización se está procurando hace tiempo proporcionar cierto número de

comodidades domésticas á las clases pobres, porque el hogar doméstico es el santuario de los deberes, la cuna de las afecciones, el objeto mas noble de las aspiraciones del hombre, el teatro de las virtudes, el verdadero consuelo, la verdadera paz y la verdadera dicha; pues como dice muy bien Zimmerman, no hay felicidad posible fuera del hogar doméstico.

Y si algún pueblo del mundo necesita una protección decidida á efecto de proporcionarle las comodidades del hogar es el pueblo nuestro, en el que predominan el estoicismo y la indiferencia de la raza indígena, que entre los que pueblan la tierra está considerada como raza cansada y caduca, como originaria de una civilización tan remota y perdida para siempre en la historia del mundo.

Hay algunos millones de habitantes en nuestro territorio, que basta con que en ella sea, como hemos dicho, casi nula la tendencia de adquisividad legítima, para constituírse en una masa estacionaria é iner-

me en el gran trabajo del progreso nacional, limitando su producción y su consumo en un estancamiento rutinario y perenne.

La mas ligera modificación en el vestuario de esos millones de habitantes, el mas pequeño adelanto personal, como el uso de pantalones y de zapatos, emplearía un gran impulso á las industrias, al comercio y al movimiento del capital; y este adelanto prepararía los subsecuentes; porque es mas fácil progresar, una vez impreso el movimiento, que desarraigar rutinas inveteradas y costumbres que han tomado con los años el carácter de estado definitivo y absoluto.

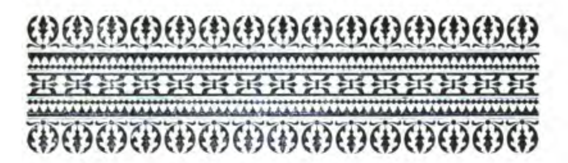
Ya en alguno de nuestros Estados, y echando á un lado escrúpulos contencioso-democráticos, ha habido gobernador, á quien causándole rubor que el pueblo se presentara en público en paños menores, ha prescrito el uso de los pantalones. Si este ejemplo se imitara en nuestro Distrito y en todas las capitales, serviría de una lección provechosísima á los millones semi-desnudos, cuyos individuos tendrían por la pri-

mera vez la noción del respeto público, la noción del deber de respetar las costumbres de la mayoría civilizada; y esta coacción saludable pondría á esas masas en el camino del progreso común, y en la posibilidad de seguirse civilizando, que es la gran misión de los pueblos todos de la tierra.

El primer paso al mejoramiento individual es el aseo y la compostura. No es mucho que, á nombre del derecho de adquisividad y de las masas desnudas, aboguemos porque se pongan los pantalones. Y por más que tengamos la vista acostumbrada á esas desnudeces, su inconveniencia saltará á nuestra mente imaginándonos que en lugar de adquirirlos ellos nos los quitávamos nosotros.




LOS NIÑOS
CON FALDAS.



LOS NIÑOS CON FALDAS.

La sabia naturaleza ha ordenado la impresionabilidad del cerebro de los niños para advertir á los hombres que se encargan de educarlos que, como en cera blanda, habrán de grabarse allí las imágenes, las lecciones y los ejemplos. Hay impresiones recibidas en la niñez que toman el carácter de imperecederas, que no se olvidan nunca y que en la mayor parte de los casos, influyen, mezclándose en las impresiones subsecuentes hasta determinar un rasgo distintivo del carácter.

Lo que muchos llaman vocación no es otra cosa que una serie de impresiones recibidas en la niñez, que logrando formar más relieve, digámoslo así, en el cerebro, han sido guía de las ideas, de las obras y del criterio posteriores.

En la limitada educación del indio bárbaro, el niño que, robado al aduar florecería en un liceo, recibe una serie de impresiones de la vida salvaje, y esas impresiones predominan en él hasta formar su carácter, sus tendencias, sus costumbres y su manera de ser definitiva.

La multiplicidad de impresiones que el niño recibe en la ciudad civilizada, forma la multiplicidad de caracteres, de tendencias y de propensiones de los indivíduos; pero en medio de esa variedad de impresiones, las predominantes son por lo general las que forman al hombre. Por eso es tan árdua, tan difícil y tan trascendental la cuestión de educar; y ese período de la formación del sér moral está sujeto á tantas vicisitudes imprevistas, á tantos giros ocultos,

á tantas deducciones erradas y á tantos cambios insensibles, que, por desgracia son todavía impotentes al magisterio el celo paternal y el mas asíduo esmero para evitar que detrás de la educación y formación ostensible del niño, no estén ocultas ya, como sabandijas venenosas entre las malezas, los gérmenes del vicio.

Los que están acostumbrados á tratar muchos niños y se sientan á la vez dotados de espíritu de observación y de gran penetración para conocerlos, convendrán en que hay en el niño una duplicidad inevitable, que nace de la duplicidad de teatros en que obra: el teatro de los niños y el teatro de las personas grandes. El niño nunca es uno mismo en ambos círculos; y la manera de conocerlo es observarlo en sus reuniones íntimas al lado de sus compañeros, sin que note que se le estudia, y aún así y todo, hay niños profundamente reservados que tienen para sí ideas que no se atreven á confiar á sus mismos compañeros.

Al padre de familia le sorprenden las fal-

tas y las maldades de su hijo, y está siempre lejos de confesar que tal falta es el resultado lógico y preciso de ciertos precedentes; la falta del hijo es por lo común inesperada, y aflije tanto más al padre, cuanto que éste, parcial consigo mismo, no busca la explicación en su propia conducta, ni en la manera con que su hijo ha sido educado.

Ahora bien: el teatro de los niños debe ser preparado convenientemente, para rodearlos, hasta donde sea posible, de impresiones que les sean provechosas. Sus ejercicios corporales deben ser dirigidos á procurar el desarrollo físico, la agilidad, la destreza, la fuerza y la virilidad; y, en todo caso, alejarlos de prácticas y diversiones que estén en contradicción con el espíritu de la educación varonil.

Muy agradable es contemplar un grupo de niños jugando á los soldados, ó haciendo ejercicios de fuerza y de destreza, al paso que sería repugnante ver á varios niños jugando á las muñecas.

Pero no todos los padres, ni todos los

maestros son bastante escrupulosos en la observación de ciertas leyes generales de la educación; y un amor y una condescendencia mal entendida, los convierte á veces en cómplices de actos que, pasan como parvedad de materia ó como circunstancias transitorias y sin ninguna trascendencia, cuando, si bien se examina, encierran un verdadero peligro y dejan una huella que á veces no puede borrarse nunca. Me refiero á las comedias caseras, ó representadas en público, en las que, por salvar de un salto la dificultad de encontrar una niña actriz, encomiendan esta espinosa tarea al niño mas bonito; más todavía, al niño que no le repugne, como á la mayoría de sus compañeros, vestirse de mujer para hablar de amor en público con otro niño.

A la mayoría de las gentes les cae en gracia esta promiscuidad, y toman la cosa á guasa, y aplauden al niño que, entre otras dotes naturales, tiene la intención cómica bastante para ocultar su sexo.

Estas promiscuidades repugnantes no son

tolerables ni aún entre cómicos de baja ralea; porque si bien hacen reír al vulgo necio, son despreciables para las personas sensatas, porque la afeminación es una de las corrupciones mas repelentes, sea quien fuere el indivíduo que en tal aberración incida, aunque sea en apariencia.

Las leyes de policía no permiten en ninguna parte el disfraz femenino ni en pleno carnaval; quiere decir, ni en el salón á donde concurren libremente las clases degradadas de la sociedad.

Nos sorprende por lo mismo que el público en general tolere, ya sea con el mas loable de los pretextos y aún por vía de broma, el espectáculo de niños educandos vestidos de mujeres; y más todavía, que aplauda el poco envidiable talento de persuadir á los espectadores con los atractivos, mimos, monerías, gentileza, donaire y coquetería del bello sexo.

Tal papel es una especie de gana-pierde, en que lo peor que le puede suceder al actorcillo en ciernes es hacerlo bien; á más de

que las impresiones que cause entre sus compañeros, no son de las que aspiramos todos á causar á nuestros semejantes, ni mucho menos.

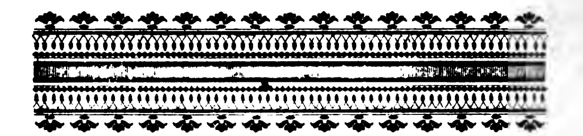
Que los alumnos de nuestros planteles nacionales hayan dado en ser soldados, es una aspiración que merece aplauso; porque en todo caso, ése es un entretenimiento provechoso, un ejercicio varonil, y el sentimiento que despierta en la juventud, es el de la defensa de la patria; pero entre esto y vestirse de raso, y hacer la Marica, y ponerse polisón, y pecho de lana y onditas en la frente, va su diferencia.

Que jueguen los niños á soldados, que sueñen en ser generales, que tomen por ideal á Napoleón, son tendencias plausibles y varoniles que cederán en benéficio de la juventud y de la patria; pero que ni de chanza jueguen á Maricas, tomando por ideales y por modelo indivíduos del sexo hermoso. Cada cosa en su lugar, quiere decir en el lugar en que la colocan la naturaleza y la moral; y si para disculpar tan inconveniente

promiscuidad se alega que hay razones poderosas que hacen imposible la sociedad de niños y niñas, entonces en lugar de hacer comedias hagan evoluciones militares y el público de ambos sexos quedará mas satisfecho.




EL JARABE
DE PICO.



EL JARABE DE PICO.

Desde que apareció el cólera en Marsella, se ha publicado en los periódicos mexicanos una verdadera biblioteca compuesta de todos los métodos conocidos y desconocidos para combatir la terrible epidemia; de todas las prevenciones higiénicas que la ciencia aconseja poner en práctica, antes y durante la invasión del asolador viajero; de todas las recetas, específicos, hierbas, y antídotos; y de todas las precauciones que toman en la actualidad las poblaciones de Europa, mas afortunadas que la nuestra en materia de

dotación municipal; historia del cólera, teoría de los microbios, tratamiento en los hospitales de todo el mundo, teoría de los lazaretos, utilidad de las hermanas de la Caridad en tales casos, y todo en fin, cuanto pueda necesitar un colérico erudito para morir á gusto.

Qué más? ha hablado nuestro Congreso nacional de higiene, y ha dicho cosas magníficas; ha tratado la cuestión «pro famonori», no se le ha quedado nada en el tintero, y como cuerpo científico ha cumplido en conciencia con su cometido, pronunciando hasta la última palabra en tan árdua é importante materia.

En cuanto á salubridad pública (y que me desmienta Gayosso) estamos en nuestra época mas floreciente; no se mueren todavía mas que cuarenta por cada mil habitantes; quiere decir, más que en Marsella; y esto de morirse se va volviendo entre nosotros una cosa no sólo sencillota y natural, como lo es de suyo, sinó perfectamente indiferente y hasta divertida; estoicismo en el

cual les aventajamos á los hijos de Brahma.

No ha mucho tiempo, cuando se moría algún prójimo, se dignaba hacerlo con más circunspección y miramiento; iba en carro que rodaba pausadamente sobre las piedras, y era seguido de un cortejo fúnebre que cerraba las ventanillas de los coches, que caminaban con ese paso tardo y pesado de los duelos, en los que correr ó brincar hubiera sido una profanación: el paso de los coches tenía mucho de solemne, era el paso de la muerte, el último camino, el paso á que camina el reo que va al patíbulo, el paso del doliente á quien el paroxismo del dolor abate y descoyunta, era el duelo, en fin, en carácter, y tan imponente, que los transeuntes se paraban, se descubrían y enviaban un sudario mental al muerto.

Pero el espíritu ferrocarrilero descendió á este valle, y reconociendo con una sola ojeada la buena calidad de los pantanos que nos circundan, y que vivimos sobre depósitos de miasmas, detritus, microbios, gases y demás combinaciones mortíferas, capaces

de acabar con la población, comprendió que habían de llegar á ser más los muertos que los vivos, y construyó un camino de hierro no á las minas de cuarzos argentíferos sinó á la de los panteones, para poder vaciar esta piscina de cuatrocientas mil almas de un golpe, el día menos pensado y con toda la comodidad apetecible.

La autoridad municipal se dejó seducir, como se comprende desde luego, y se olvidó adrede de la compostura y de la solemnidad que requieren los entierros, y se olvidó del respeto á la muerte y de que la jarana y la fiesta y el libre tránsito de los vivos, es incompatible con el acarrear de restos mortuorios: se olvidó, en fin, de que uno es el camino de la vida y otro el de la muerte; y olvido semejante determinó el grotesco desfile de los pobres muertos al trotar de las mulitas, al tronar del látigo y al chirrido de las trompetas destempladas; y en fila todos, unos tras de otros, van vagones de vivos respirando una columna de aire impregnada de emanaciones cadavéricas de

los pobres tifoideos que corren por delante.

¡Repugnante tragín de cadáveres, ante los cuales ya nadie se santigua, ni se descubre, ni reza, porque van al trote con su cochero alegre que da garrote y chicotea, y toca la trompeta y chifla á algún vale ó blasfema si tropieza un macho. Y cuando los tales vehículos, cuyas mulas jadean sudorosas y azotadas, llegan á las afueras, sin moderar el paso entran en el camino legítimo de la muerte, formando un cordón de puros muertos y dolientes, unos que van y otros que vienen, unos de subida y otros de bajada, unos con muerto otros de vacío, y los carruajes de la muerte se saludan y se chiflan con menos miramientos de su carga que Carón en la laguna Estigia.

Ahora bien: supuesto que todos somos mortales y los del Valle de México mas todavía que los habitantes de las orillas del Ganges, no tenemos nada por qué apurarnos, una vez que estamos realizando el milagro de vivir á pesar del Ayuntamiento; y en materia de higiene, de saneamiento de

la capital, de limpia de atarjeas, de construcción de albañales, de reglamentación de casas de vecindad, de abastecimiento de agua potable y, sobre todo, del conocimiento de lo que se debe hacer, estamos tan en nuestros cabales, y tan penetrados de la teoría, y tan eruditos en la materia, que no nos coge nada de nuevo. Es cosa que para probar que la muerte entra á esta bienhadada ciudad mezclada con el agua, se acaba de publicar un libro, al cuarto siglo de edad de los arcos, en que se nos hace caer en cuenta, con mucha justicia, que las aguas potables recogen en su curso los materiales orgánicos y gaseosos de la atmósfera pantanosa de los alrededores de la capital, y los polvos de diferentes géneros suspendidos en el aire; y que las aguas de Santa Fé y los Leones, son empleadas en su largo y descubierto trayecto, en una friolera, en el lavado de ropa. De manera que la tal agua viene sazonada con todas las inmundicias consiguientes, y hasta con gérmenes de enfermedades infecciosas.

Dada nuestra sabiduría en materia de tan vital importancia, no se dirá que si viene la muerte ha de cargar con nosotros por ignorantes, puesto que sabemos del pe al pa todo lo que nos importa.

Ahora, en cuanto á la práctica de todo eso que sabemos bien, tenemos nuestra panacea universal, nuestro remedio infalible. Es un jarabe, no de ninguna farmacopea nacional ni extranjera, sinó de nuestro pueblo, él inventó el «jarabe de pico» para significar todo aquello que nunca pasa de la teoría á la práctica, y está probado que con este jarabe milagroso nos la vamos pasando en muchas cosas.

Conocemos un inquilino cuyo ánimo apocado en materias de cólera y otras plagas, por tanto como se cuenta y se vé de todos estos azotes, solicitó del propietario la limpia de los conductos de desagüe de la casa que ocupa. El propietario mandó hacer la limpia interior, y la obra se detuvo en el dintel de la puerta, porque destapar caños de puertas afuera incumbe á la Obrería

Mayor, cuya intervención se hà estado solicitando por inquilino y propietario hace tres semanas, sin que hayan conseguido hasta ahora que el caño se desazolve.

La razón es muy obvia. Tanto para librarnos del cólera, como de todas las demás enfermedades palúdicas que nos aquejan, se ha hecho ya todo lo que está en nuestro poder: el jarabe. Y supuesto que para poner en práctica el saneamiento de la ciudad y los medios preservativos de la epidemia que nos amenaza, se necesita mucho dinero y ése no lo tenemos, muy natural ės reducirnos á curarnos á lo pobre, con el jarabe de pico.




LA EVOLUCIÓN SOCIAL.



LA EVOLUCIÓN SOCIAL.

HAY una fuerza mas poderosa que las razones de la justicia, de la moral y de la propia conservación, que determina lo que los sociólogos modernos llaman «evolución;» quiere decir, un movimiento simultáneo de causas, de multitud de fuerzas y de elementos diversos, que imprimen á la sociedad una marcha fatal hacia un punto lejano del porvenir. Es como la ola del mar que una vez levantada á la orden tronante de la tempestad, se yergue sobre sí misma, se enarca y crece, ruge y se eleva en medio de los abismos

que deja á sus flancos, y avanza con fuerza irresistible; y aunque el huracán la azote con sus alas poderosas, apenas logra disolver los penachos de sus espumas; pero la ola avanza y no hay poder humano que la detenga ni otra ola que la desbarate, avanza señoreándose en el piélago inmenso, hasta que, cansada de luchar sin resistencia, y huyendo á sus piés las olas mas pequeñas, amengua su empuje y su volúmen, y achatándose gradualmente se confunde en la tropa de olas que, disminuyendo una tras otra, van á acostarse en la playa sin ruído y sin espuma.

México ha enarcado el lomo, como la ola del mar, á la terrible voz de los vicios; y por más que el huracán de la prensa lo azote con sus alas, bien sea la «evolución,» que dicen, ó que una vez empinando el codo sea muy difícil bajarlo, ello es que la ola ésta de borrachos, jugadores y mesalinas, mas encrespada cada día y mas furiosa, ha de irse llevando en sus entrañas devoradoras la honra de las familias, el pan de los po-

bres, la moralidad y el bienestar social hasta que, cansada de luchar sin resistencia, se deprima sola, se achate y se anonade para irse á perder, sin ruído y sin espuma, en no sé qué playas desconocidas.

Suele consolarme la idea de la ley de las reacciones que, según la experiencia, no llegan sinó cuando el estado social que va á desaparecer ha subido á su máximum de intensidad; y bajo ese punto de vista, lo de la vista gorda respecto á arañas, á borrachos y á jugadores es una actitud profundamente filosófica.

Ahora que todos somos positivistas, necesitamos de la sangre fría de Porfirio Parra para atravesar esta situación; y la tenemos. Noten ustedes con qué estoicismo hemos presenciado la catástrofe del Monte de Piedad. Ningunos mas templados que nosotros para las catástrofes agenas; y no sólo, sinó que hay algo de crueldad neroniana en los cuchicheos y comentarios respecto al pobre Monte, tan orgullosote hace poco días dicen, y tan repleto de billetes y de pianos, y

comprando cada sucursal que parecía un palacio y dando dinero á sus amigos que parecía un banquero; había llegado, en fin, á su apogeo, tiempo preciso de la crísis, para tronar como arpa vieja.

Hoy, corrido y maltrecho el Sacro y Nacional, llama en vano á Fuentes Muñiz, como recurso supremo, para que le aplique el cauterio de los billetes: el exministro de Hacienda se sienta en un sillón envuelto en nubes de humo de papel, que huele á carne quemada, y contemplando la llama que serpea entre cientos de miles de pesos, piensa por la primera vez en la versatilidad de las cosas humanas. ¡Pobre Monte!

Entre tanto, las cantinas prosperan á pesar del timbre. ¡Vaya! Sobre que yo en mis tendencias anti-báquicas les había impuesto hace un año, cincuenta centavos por cada botella....! Ahora veo que tenía razón, y ojalá el señor ministro de Hacienda se decidiera á cuotizar los tapones extranjeros con timbre de á tostón, ahora que nos vamos convenciendo de que cuando las cosas

llegan á su mayor grado de intensidad, revientan como el pobre Monte. No sería malo hacer la experiencia á ver si revientan las cantinas, y queman sus papeles los cantineros, y esta bendita capital logra por fin estar algún día en su juicio.

Eso, ó conceder toda clase de franquicias á los cantineros, declararlos exentos de contribuciones y libres de derechos de importación los licores embriagantes.

Estoy seguro de que los borrachos no cabrían en sí de gusto, cuando el vino de Champagne estuviera al alcance de todas las fortunas; sería, como quien dice, ayudar á la *evolución* y buscar en el orden filosófico el necesario máximum de intensidad de la embriaguez, para esperar la reacción saludable.

Con franquicias por el estilo al juego y á esas señoras, la ola seguiría encrespándose furiosa, ó lo que es lo mismo, la *evolución* se acentuaría perfectamente, y ya al tocar al máximum de intensidad ¡qué máximum, eh! quiere decir, cuando empezara

á caer el fuego del cielo que destruyó Sodoma, entonces es cuando venía la reacción como de molde.

El plan, aunque me parece atrevidillo, porque equivaldría á quemar el campo para sembrar después sobre las cenizas, es el único remedio que nos queda, y bárbaro como es, no carece de partidarios, á juzgar por el incremento que van tomando esas tres calamidades sociales.

Otra de las ventajas del plan sería que una vez en vigor, nos veríamos resueltamente libres del cólera, que buen cuidado tendría el terrible viajero de venir á México en tales circunstancias, por temor á la ola esa, ó lo que es lo mismo, á la evolución social.




EL MATRIMONIO

EL MATRIMONIO.

No sé hasta dónde vamos á parar, me decía no hace mucho un observador de nuestras costumbres, ya entrado en años. Por mi parte no me queda más consuelo que la seguridad de no ser testigo de la manera de vivir de la generación que viene. Digo esto á propósito de la corrupción reinante, y de que por parte de los que pudieran influír en la moralización de las masas, se ha prescindido completamente de poner el remedio, si no para

los males que nos aquejan al presente, al menos para prevenir los del futuro.

Hay ciertos vicios sociales que, por manifestarse de una manera negativa, no hieren nuestro sentido moral, como pudieran si se manifestaran abierta y desembozadamente. Me refiero á la sensible disminución de matrimonios entre la clase ínfima del pueblo. Los matrimonios, lejos de ser mas numerosos en esa clase, tanto por el guarismo que representa en el censo de la población, cuanto porque el celibato entre los jóvenes pobres es mas difícil de sostenerse, los matrimonios, decía yo, son mas escasos todavía.

—A qué atribuye usted esa disminución? le pregunté.

—Hay varias razones, que procuraré explicar á mi manera.

Las leyes de reforma, escritas para un pueblo adelantado y culto, han producido en nuestras masas abyectas un afecto contrario á la mente del legislador. Desde el momento en que nuestra plebe vió que no

sólo los curas, sinó también los jueces del registro civil podían casar, perdieron la fé en la virtud y la legalidad de la ceremonia.

Nada le dará á usted una idea mas cabal de la exactitud de esta mi aseveración, que oír cómo se expresa Pedro, mi portero, en el particular. Ya sabe usted que mi señora es muy escrupulosa en materia de conciencia, y al solicitar un portero casado, quiso cerciorarse de si Pedro lo era realmente por la Iglesia.

Pedro, con un aplomo perfectamente sostenido, le aseguró que él era buen cristiano y que por decontado se había casado por la Iglesia. La manera con que Pedro contestó á mi señora, me fué sospechosa, y aproveché la primera oportunidad para tener con él una conferencia á este respecto.

Empecé por abrirle camino, inspirándole confianza y asegurándole que nada sabría mi mujer.

—Yo, la verdad, me dijo Pedro, «paqué»

he de engañar á la buena persona; yo, es cierto que vivo con «Miquela» pero en cuanto á eso de la «ilesia», «paqué» es más que la verdad, señor amo, «no juímos.»

—Y por qué no fueron? le pregunté.

—«Pos» vea su mercé; en la familia por parte de mi padre, hagasté cuenta, que todos viven así, con su señora, pero en esto de la «ilesia» tampó han ido, no señor.

—Pero bien ¿qué razones han tenido presentes para omitir esa ceremonia?

—Pos yo no sabré decir á su mercé bien á bien, pero según le oí decir á mi padre, «dende» que empezaron á casar los señores, pues así, los de levita como ora su mercé, mi padre dijo: ya lo ven como el casamiento no es cosa de Dios; ya también los rotos casan como los curas, y eso ha de ser por sacar los tlacos; porque llevan mas barato que los padrecitos. Pero como uno es probe, y solo tiene lo que trabaja, pos mi modo de guardar los tlacos para el cura. Pos ora sí ¿adónde iba yo á dar trece pesos, si en mi vida los he visto juntos? Eso está

bueno para los ricos, y para que la novia se vista de blanco y hagan en la «ilesia» toda la «putiforma» con el órgano y todo eso; pero nosotros los zapateros, por onde! ni en un año ibamos á «horrar» trece pesos, alcanzando los sábados veinte reales ó dos pesos. Ora en cuanto á que lo casen á uno los de levita, pos Miquela me dijo: Pos oye, será mejor que no, que al fin y al cabo ¿cómo ha de valer eso? Ya ves á doña Celsa que vive con don Antonio y la pelona que la tiene «ora» don Anacleto el de la carnicería, y hasta doña Carmensita, con todo y que tiene tantos hijos de don Ceferino, nada de ilesia ni de juez; y viven en paz, que al fin para dejarla á uno los hombres por otra, pos eso lo hacen todos los días, y que como decía mi madrecita: que vale más buen acomodo que mal casamiento, y que todo lo hace el cariño, porque en no queriéndose las personas lo mismo dá que los haya casado cura ó juez.

Yo, la verdad, continuó Pedro, siempre le dije á «Miquela» que le preguntara á su

señora madre, y su señora madre le dijo: Pos anda bendita de Dios; y ese es cuento tuyo, y allá te las «haiga;» porque cada quien sabe lo que hace, y á lo tuyo tú, conque si te conviene don Pedro y te ha de dar lo necesario, como ora á mí tu padre, y te pone cuarto, pos anda, que ya eres «grande.» Y entonces «Miquela» se vino conmigo.

—La mancebía, continuó el señor á quien me refiero, es el estado natural de nuestra clase pobre con raras excepciones. Más de una vez he oído alegar las mismas razones de mi portero, razones que entre esta gente forman su profesión de fé y su moral. Están muy lejos, por otra parte, de comprender las ventajas del estado civil, ni mucho menos la cuestión trascendental de la separación entre la Iglesia y el Estado. Para ellos cayó en desprestigio la ceremonia religiosa, sin más razón ni argumento, que supuesto que los de levita pueden casar, el casamiento no es cosa de Dios, y no siendo cosa de Dios, tanto da vivir juntos con la firma del juez como sin ella.

Y una de las razones que sostienen este estado de cosas, es la falta de dote, de patrimonio y de propiedad. Las gentes que nada poseen tienen más razón que nosotros para considerarlo todo transitorio. No conocen ni saben apreciar las comodidades domésticas ni el aseo. Las une el instinto sexual, y aceptan su estado simplificado y obvio hasta la sencillez salvaje. La actual generación es ya el fruto del sacudimiento producido por la reforma en los antiguos hábitos; y dada esta práctica, como natural y generalizada por el ejemplo y por el hecho, el matrimonio en nuestra clase pobre está destinado á desaparecer por completo.

—Tiene usted mucha razón, dije á mi amigo; y sólo agregaré un toque final al cuadro que acaba usted de bosquejarme. A esa disminución de matrimonios coopera también poderosamente el nuevo giro de la prostitución en México; porque algunos miles de muchachas que llegarían á ser buenas madres de familia, á contar con el nú-

mero competente de artesanos y proletarios honrados, deciden fácilmente el dilema entre los malos tratamientos de un zapatero ó vestirse de raso.



INDICE.

OBRAS

DEL MISMO AUTOR

Y PUBLICADAS EN ESTA EDICION.

TOMO I.—*Baile y Cochino......*

TOMO II.—*Ensalada de pollos,* (1.ª parte).

TOMO III.—*Ensalada de pollos,* (2.ª parte).

TOMO IV.—*Los Mariditos.*

TOMO V.—*Historia de Chucho el Ninfo,* (1.ª parte).

TOMO VI.—*Historia de Chucho el Ninfo,* (2.ª parte).

TOMO VII—*Los Fuereños. La Noche Buena.*

TOMO VIII.—*Mis Poesías.*

TOMO IX.—*Artículos ligeros sobre asuntos trascendentales.*

TOMO X.—*Id., íd., íd.* (2.ª parte.)

TOMO XI.—*Isolina,* (1.ª parte.)

TOMO XII.—*Isolina,* (2.ª parte.)

TOMO XIII.—*Las Jamonas,* (1.ª parte.)

TOMO XIV.—*Las Jamonas,* (2.ª parte.)

TOMO XV.—*Poesías.*

TOMO XVI.—*Las Gentes que son así* (1.ª parte.)

Tomo xvii.—*Las Gentes que son así* (2.ª parte.)

Tomo xviii.—*Las Gentes que son así* (3.ª parte.)

Tomo xix.—*Las Gentes que son así* (4.ª parte.)—*Las Posadas.*

Tomo xx.—*Vistazos.*

Tomo xxi.—*Artículos ligeros sobre asuntos trascendentales.* (2.ª serie.)

Tomo xxii.—*Artículos ligeros sobre asuntos trascendentales.* (2.ª serie.)

Tomo xxiii.—*Gabriel el cerrajero ó las hijas de mi papá.*—En prensa.



